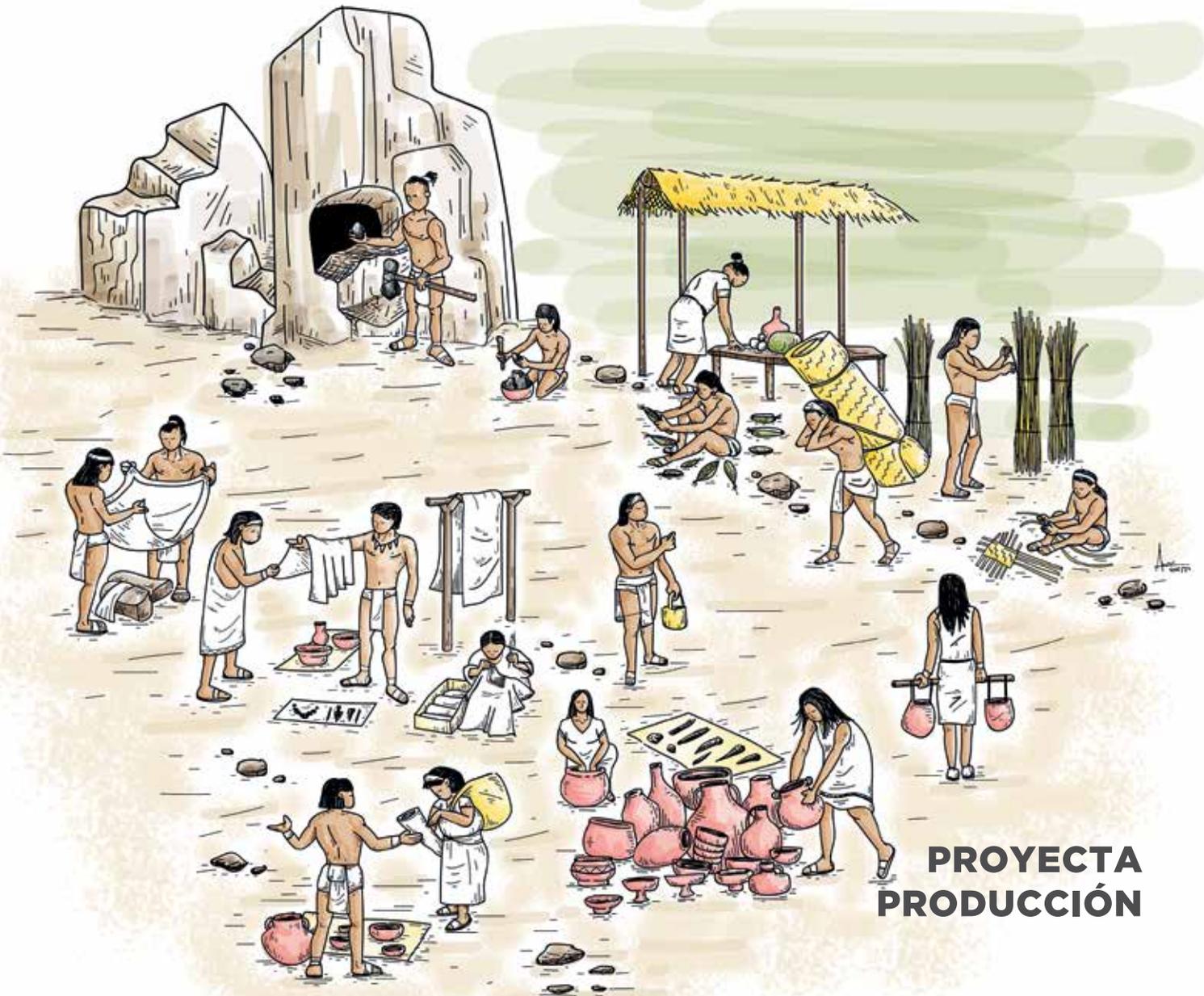


¡A TEJER PETATE!

Reminiscencias de actividades
milenarias en San Juanito
de Escobedo, Jalisco

Ericka Sofia Blanco Morales



PROYECTA
PRODUCCIÓN

¡A TEJER PETATE!

**Reminiscencias de actividades
milenarias en San Juanito
de Escobedo, Jalisco**

¡A TEJER PETATE!

**Reminiscencias de actividades
milenarias en San Juanito
de Escobedo, Jalisco**

Ericka Sofia Blanco Morales

Con la colaboración de:

**Guillermo Acosta Ochoa
Jorge Ezra Cruz Palma
Gerardo Jiménez Delgado
Javier López Mejía
Patricia Pérez Martínez**

Edición: Roedor de Lencería.
Av. Niño Obrero 714
Jardines de San Ignacio, Zapopan, Jalisco. CP 45040
ratome.1120@gmail.com

Diseño de portada y maqueta: JoGE.
Ilustración: Adán de la Rosa.

¡A tejer petate!

**Reminiscencias de actividades milenarias en
San Juanito de Escobedo, Jalisco.**

© Ericka Sofía Blanco Morales

**Con la colaboración de Guillermo Acosta Ochoa,
Jorge Ezra Cruz Palma, Gerardo Jiménez Delgado,
Javier López Mejía y Patricia Pérez Martínez**

ISBN: 978-607-69667-0-9

Primera edición 2024

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho e impreso en México.

Este documento es resultado de las investigaciones arqueológicas de un proyecto adscrito al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y se escribió en el marco de celebración de los 50 años del instituto gracias al estímulo otorgado a la autora principal, responsable de dicha investigación, por parte del Estado de Jalisco a través del programa PROYECTA PRODUCCIÓN 2023 que fomenta la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.

PROYECTA
PRODUCCIÓN



Prólogo

TRINIDAD MARGARITA RUBIO AYÓN

La doctora Ericka Sofia Blanco Morales en su libro *¡A tejer petate! Reminiscencia de actividades milenarias en San Juanito de Escobedo, Jalisco*, el cual va dirigido a los pobladores de la región Valles, ofrece una panorámica histórica, arqueológica y etnográfica sobre las culturas asentadas en las inmediaciones de la cuenca del extinto lago de Magdalena y ofrece equilibrio entre su contenido. Usa el lenguaje técnico necesario y su emoción por los descubrimientos que hoy nos comparte; clarifica conceptos y menciona antecedentes, para que el lector contextualice los hechos que en él se narran, para que conozca y comprenda la importancia de las actividades que se realizaban en el extinto lago de Magdalena y sus alrededores, especialmente en la Isla Atitlán, cuyo nombre significa «lugar entre aguas»; y, además, nos explica cómo era la vida de los pobladores originarios, quienes compartían características con otras culturas de Mesoamérica y, sin embargo, se diferenciaban de otras cultura gracias a las actividades propias que llevaban a cabo utilizando los recursos naturales que les rodeaban.

La autora nos invita a adentrarnos al conocimiento certero de la vida que llevaban los antiguos pobladores de estas tierras, ofreciendo datos, fechas e información que, con las aportaciones de científicos —como el caso de ella misma, sus colegas y arqueólogos que la antecedieron—, nos permiten hilar la historia, conocer, disfrutar y poner nombre a los objetos y evidencias que muchos conocíamos y a los cuales hasta ahora le estamos encontrando sentido, como cuando un tesoro resplandece al ser descubierto y extraído de la oscuridad en la que estuvo.

Con este libro, se podrá recordar a las nuevas generaciones sobre las actividades económicas y las tradiciones de nuestros ancestros, lo que nosotros como patronato consideramos una responsabilidad social de los oriundos de esta región, pues aquel ser humano que conoce su origen y se enorgullece de él, mostrará respeto por los lugares y objetos que lo representan. Mantener viva la memoria y dar constancia de las actividades que realizaban nuestros ancestros hará que otros respeten y aprecien su legado.

Al conformar el patronato, actuamos como una sociedad que desea resguardar las evidencias que aún quedan. Por muchos años han existido personas quienes han saqueado la historia y las riquezas invaluablees que yacen en la tierra, pues no conocen el valor de resguardar esos lugares lo más posible para que los expertos, como la doctora Ericka y otros estudiosos, obtengan datos reveladores sobre la hermosa historia que guardan la isla, sus construcciones, su organización social y económica, así como su cultura y rituales, presentes en esa vasta cantidad de espacios con los cuales ahora podemos imaginar la grandeza de nuestros antepasados. ¡Qué maravilloso será el momento en que se logren proyectar los descubrimientos de una comunidad milenaria, al difundirlos en la región, en el estado de Jalisco, en todo México y en el mundo! Deseamos que se dé a conocer con mayor profundidad esta forma de vida poco conocida del Occidente, que bien sabemos existió y ahí está, esperando que instituciones como la Secretaría de Cultura del Estado, el Instituto de Investigación Antropológico de la UNAM y el INAH, entre otras, la protejan, la estudien y nos ayuden a escribir renglones nuevos en la historia de nuestra humanidad con cada uno de los descubrimientos.

Segura, estoy de que este libro fue concebido gracias al arduo trabajo de investigación de la doctora Ericka y de sus colaboradores, quienes se han logrado motivar para des-

cubrir más y más sin importarles trabajar largas horas en el campo o en sus laboratorios, por lo que les expresamos un profundo agradecimiento. Es importante mencionar al doctor Phil C. Weigand, quien fue uno de los arqueólogos pioneros en realizar exploraciones y dedicar gran parte de su vida a descubrir el patrimonio cultural enterrado en los suelos de la región, trabajo que ha continuado la doctora Ericka al seguir explorando la Isla de Atitlán. También se debe reconocer a la maestra María Ignacia Hernández Figueroa, quien ha sido el pilar del Patronato Por la Conservación de los Sitios Arqueológicos Atitlán AC. Ella ha sido fundadora del patronato y una activista apasionada en la protección de la cultura que engrandece a nuestro pueblo, guardiana de la historia; sembradora de conciencia para que cada habitante se sienta orgulloso de su origen y de esta estirpe de hombres y mujeres trabajadores, visionarios y organizados.

El patronato y la doctora Ericka han trabajado de la mano con autoridades ejidales y municipales, personas interesadas en unir esfuerzos para que juntos sigamos caminando y dejar constancia de que nuestros pobladores mesoamericanos estaban muy bien organizados cultural y económicamente, que sabían convivir con la riqueza natural proporcionada por su entorno y el ex lago de Magdalena, al cual nosotros conocemos como la laguna. Debemos aprender de ellos, pues fueron muy considerados con su medio ambiente, obteniendo lo necesario para su supervivencia y engrandecimiento, pero respetándolo.

En este libro, la doctora nos narra los pasos seguidos para armar la historia y seguramente la mantiene entusiasmada, pues sabe que hacen falta muchos años de investigación para pintar el paisaje plasmado en la antigüedad en estos valles, en estos cerros, en esta isla y en el volcán de Tequila. Además, al final de cada capítulo te cautivará con datos muy interesantes ¡qué no te puedes perder!

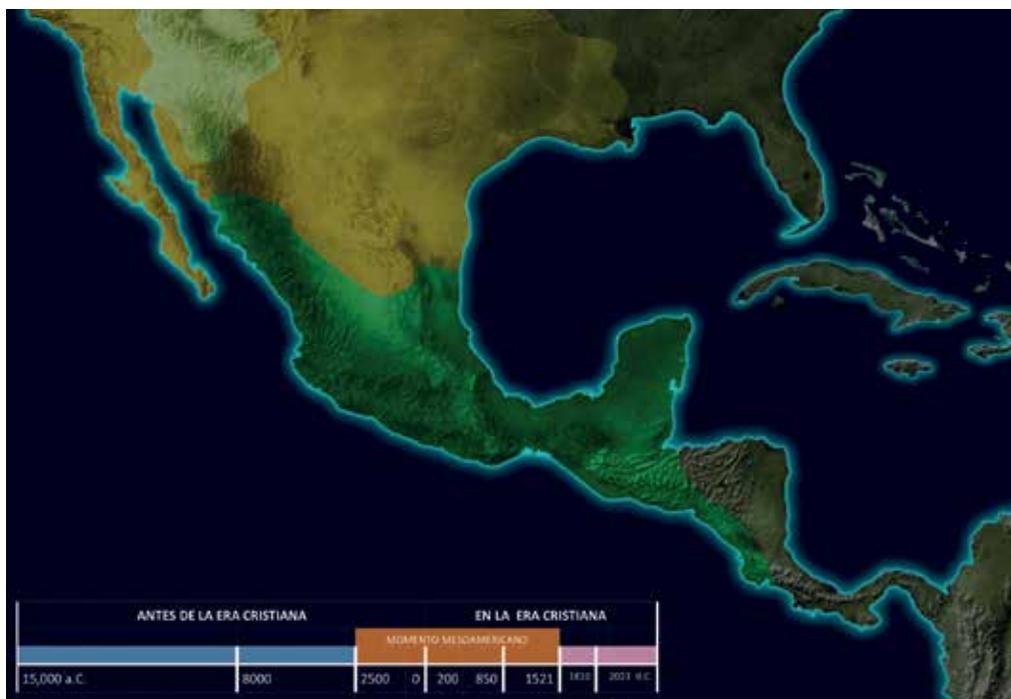
En nuestro querido Atitlán, al cual los san juanitenses conocemos como La Otra Banda, se han identificado un gran número de espacios dedicados a diversos ámbitos de la vida cotidiana de sus habitantes originarios. Permite que la autora, entre sus líneas, te describa la grandeza económica y ritual de esas culturas, pues con su conocimiento --retomando la metáfora— ha logrado reconstruir el paisaje utilizando la historia descubierta y escrita por arqueólogos, pero narrada también por los pobladores longevos quienes atestiguaron los días cuando el lago manifestaba su esplendor natural.

Te invito a cerrar los ojos e imaginar a tantos pobladores trabajando en la talla de obsidiana, otros pescando, otros cortando, llevando tule por las apacibles aguas de la laguna, donde las aves alegraban el ambiente con sus trinos y sus viajes por el cielo azul. Desgraciadamente, ese paisaje ya no nos tocó verlo; sin embargo, tenemos la oportunidad de recordarlo mediante la lectura de este libro, de disfrutar del pasado descrito en estas líneas y —¿por qué no?— revivir en este presente la energía de un pueblo grandioso, que trabajaba con el arte y en comunión con su entorno, algo que hoy nos hace tanta falta.

La autora, el patronato y tu servidora te invitamos a no perderte el apasionante mundo que está descubriéndose y a rescatar, junto con nosotros, la historia revelada por los hallazgos del Conjunto Especializado de Producción y Desecho, que muestra la importancia de la actividad artesanal tan importante realizada con la obsidiana, como una parte esencial del proceso de producción de artículos tejidos con el tule que crecía en la laguna, que pervivió incluso hasta después de su desecamiento, que anhelamos rescatar desde el patronato y que todavía es hoy motivo de identidad y orgullo para nosotros, los «petateros» de San Juanito de Escobedo. Este es un llamado para todas y todos nosotros: ¡A tejer petates!

Consideraciones preliminares

El presente libro está dirigido al público lector, en especial a los habitantes de la región Valles del estado de Jalisco y pretende mostrar un panorama histórico, arqueológico y etnográfico sobre las culturas asentadas en las inmediaciones de la cuenca del extinto lago de Magdalena. En su desarrollo pone énfasis en dinámicas socioculturales tales como las económicas, políticas y sociales tomando como base temática el aprovechamiento de recursos provenientes de los lagos y las sierras que rodean la región. Para su lectura es importante recordar los siguientes conceptos generales de la historia de México:



México Prehispánico. Refiere a las comunidades nómadas y sedentarias que habitaron el territorio mexicano desde la llegada de los primeros seres humanos, hace por lo menos 15 mil años, hasta antes de la llegada de los europeos en la primera mitad del siglo XVI.

Mesoamérica. Término que refiere a las sociedades asentadas formalmente alrededor del 4500 aC, una vez consolidada la práctica agrícola. Si bien existe un territorio en la parte media de México y Centro América que se ha utilizado como referencia espacial de dicho concepto, en este texto se usa con base en la propuesta del historiador Alfredo López Austin, quien considera que el territorio no es lo que define a esta civilización sino el fenómeno cultural resultante de una misma práctica económica en diversos territorios y el dinamismo entre las sociedades que la comparten. La periodización de este momento tradicionalmente se divide en tres periodos: el Preclásico (2500 aC a 200 dC), Clásico (0/200 a 750 dC) y Posclásico (750/800 a 1521 dC). No obstante, como podrá constatar

Consideraciones

nuestra o nuestro lector, se hará poca referencia a dicha organización temporal dado que en Jalisco la mayoría de quienes hemos hecho investigación arqueológica coincidimos en que las sociedades arqueológicamente nos narran otra historia. Al adentrarse en las líneas del texto, se hará notar que hacemos uso del término «Tradición»; éste consiste en una estrategia arqueológica la cual permite agrupar características culturales vistas en la arquitectura pública, mortuoria, ritual o doméstica, así como iconografías y estilos cerámicos, líticos y de otros objetos, haciendo referencia a una tendencia social sucedida en cierto periodo de tiempo; es decir, una cultura compartida.

Época colonial. Representa los tres siglos de ocupación española. Inició a partir de la llegada de los españoles al centro de México, empero, es bien sabido que en la parte del Occidente —en donde se ubica el estado de Jalisco— su llegada fue más tardía y el territorio fue finalmente dominado después de varios años de lucha, consolidándose aproximadamente entre los años 1540 y 1551, una vez terminada la guerra conocida como La Guerra del Mixtón. También es importante considerar que, durante los 300 años de la ocupación española, la organización administrativa de los territorios ocupados cambió en diversas ocasiones, por esta razón las referencias en las fuentes que se utilizan para reconstruir ese momento histórico varían en cuanto a nombres de locales y las dimensiones de la organización territorial de las regionales.

México independiente y México moderno. Finalmente, estas dos etapas están demarcadas por los dos últimos eventos que cambiaron la historia de México, la Guerra de Independencia (1810-1821) y la Revolución Mexicana (1910-1917) respectivamente. En ambas, la organización administrativa de las tierras cambió de forma significativa, siendo a inicios de la última cuando se consolidó la desecación de uno de los cuerpos acuíferos más importantes de Jalisco y de la región Valles: el Lago de Magdalena en torno al cual gira la presente obra.

Sin más, se les invita adentrarse en esta larga historia que aún se sigue escribiendo por las propias comunidades de la región y cuyo pasado aún se está desenterrando. A lo largo de estas líneas se podrá descubrir la ininterrumpida interacción que existió entre el ser humano y el entorno acuático por miles de años, lo que consolidó en un modo de vida muy peculiar; el lacustre.

Ericka Sofia Blanco Morales

Investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Responsable del Proyecto Dinámicas Económicas en la

Cuenca de Magdalena, Jalisco.

Introducción

Dinámicas económicas que recuerdan las prácticas milenarias lacustres

La petatería, es decir, el tejido de plantas de tule para elaborar objetos planos que sirvieran al ser humano para dormir, construir viviendas, sentarse, ornamentarse o atrapar un novio o novia, entre muchas otras cosas más, constituye una de las actividades artesanales y económicas más antiguas de México. Su práctica representa la relación intrínseca que pacta el ser humano con su entorno para la subsistencia, en este caso específicamente la relación de las personas con el entorno acuático. La región Valles de Jalisco guarda el recuerdo de un sistema económico milenario basado en el aprovechamiento de recursos lacustres. En la memoria colectiva de los pobladores de San Juanito de Escobedo, localidad históricamente conocida como Atlitic, se encuentra el tejido de tule para la manufactura de petates, una actividad artesanal lacustre que se disolvió con la pérdida del lago de Magdalena.

La importancia cultural y económica de la práctica fue tal que incluso les otorgó la denominación regional de «Petateros de San Juan». A partir del año 2009, se iniciaron trabajos arqueológicos y etnográficos tanto en la región Valles, como en el municipio de San Juanito de Escobedo y su sitio arqueológico «La isla de Atitlán», ubicado al interior de lo que fue el cuerpo acuífero, gracias a la comunidad que conforma el Patronato para la Conservación de Sitios Arqueológicos Atitlán, AC.

Entre múltiples tareas, se han registrado espacios habitados en tiempos pasados tanto de uso común como áreas de habitación y de producción, lo cual permitió reconstruir y comprender las cadenas operativas artesanales que respondían a la red de comercio Aztatlán, un sistema de económico en cual interactuaban –dentro de un amplio territorio acuático, costero y volcánico— diversas sociedades prehispánicas agrícolas del México mesoamericano antes de la llegada de los españoles.

El antecedente directo de este estudio fue el «Proyecto de delimitación y mapificación de la Isla de Atitlán y sus zonas aledañas», dirigido por la responsable principal de este documento a partir del año 2009 y hasta el 2018. Al comenzar ese proyecto se tenía como objetivo general reconocer las diferentes manifestaciones culturales en la Isla de Atitlán, vistas desde su superficie, así como aquellas existentes en las zonas aledañas que pudiesen estar relacionadas. Los métodos de análisis incluyeron principalmente la prospección, recorridos totales de superficie y análisis de materiales recolectados sistemáticamente, usando una retícula virtual de georreferencia.

Así, por la arquitectura, concentración de materiales y transformaciones antrópicas en la superficie de la isla, se pudieron determinar, identificar, delimitar y establecer croquis de los espacios organizados en complejos destinados a diferentes órdenes de uso social entre los que se detectaron usos domésticos, públicos, rituales y productivos. De dichos espacios destacó la delimitación de La Ciudadela, un espacio cuyas dimensiones permiten establecer que se tuvo uso público, y de otra área dedicada a la producción, a la cual se denominó Conjunto Especializado de Producción y Desecho (CEP).

¿HAS ESCUCHADO DEL ATRAPANOVIA O ATRAPANOVIA?

Se trata de un objeto mexicano tejido con hoja de palma o tule que se utiliza para capturar el dedo de la persona que te gusta. Para hacerlo, el dedo de la víctima se introduce en el tejido, diseñado de tal modo que, al tratar de librarse, la pieza lo apretará más y más. En china existe un objeto similar que se llama atrapaditos.

Introducción

En dicho espacio se pudo comprobar que ahí tuvieron lugar actividades en las cuales se involucró a diversos procesos de producción intensiva. Uno de esos procesos fue el de en la extracción lascas y láminas de obsidiana útiles para la talla. Otros procesos identificados incluyeron el empleo de esas mismas lascas y láminas como materia prima para la elaboración de herramientas que permitieron el aprovechamiento de recursos lacustres. En ese periodo inicial también se analizó el sedimentario para hacer una reconstrucción del paleo climática de la cuenca, así como para la identificación de los diferentes niveles de agua que a lo largo del tiempo tuvo el lago antes de su desecación.

El trabajo con la comunidad de San Juanito de Escobedo, Jalisco, no quedó en segundo plano. Con el apoyo de la Secretaría de Cultura del Estado se han realizado trabajos de socialización y rescate del recuerdo lacustre, específicamente de la producción artesanal de petates que caracterizó la actividad económica del pueblo antes de la desecación del cuerpo acuífero. Como resultado de ese trabajo se entregó un guion museológico a la administración municipal de ese momento (2013). Además, se han publicado artículos y se han presentado tesis para la obtención de grado, tal es el caso de la tesis maestra presentada por Gabriela García Ayala (2020) y otra doctoral de la responsable de este proyecto denominada «El uso de espacio en la isla de Atitlán por más de 1000 años (400 - 1500 dC). Un acercamiento a la vida lacustre en la Región Valles de Jalisco» (2018), la cual obtuvo mención honorífica dentro del Premio Alfonso Caso 2019.

A partir del año 2019, gracias a la adscripción del proyecto al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, se presentó un nuevo plan de investigación con su nombre actual: «Dinámicas económicas en la cuenca de Magdalena, Jalisco». Esta etapa de investigación busca dar respuesta a nuevas preguntas formuladas tras los hallazgos del trabajo que le antecede. La propuesta fue autorizada por el Consejo de Arqueología en el año 2020 e incluyó la exploración, mediante excavaciones sistemáticas, en el complejo de talleres (CEP) así como en las terrazas habitacionales.

De tal suerte, en este documento se presentan a la comunidad de Jalisco y, en específico, de San Juanito de Escobedo los resultados de exploración, análisis de materiales y residuos que se han realizado. El documento concluye con los resultados preliminares de muchos de los trabajos que aún están en proceso, así como los pendientes y las nuevas necesidades de análisis producto de los hallazgos de los últimos años.

Cabe mencionar que los resultados han sido reveladores. Los hallazgos en la isla revelan una organización social compleja, en la cual los grupos de artesanos y artesanas jugaban un papel elemental pues de ellas y ellos provenían recursos útiles y suntuarios que eran de gran utilidad para la comunidad y los grupos sociales que interactuaban en la compleja red de comercio Aztatlán, establecida en el Occidente y Centro de México después del año 850 dC. Esa dinámica económica perduró hasta la llegada de los españoles e incluso durante el México moderno. Lo anterior no implica la inexistencia de sociedades anteriores que ocuparan la isla, pues entre los hallazgos se tiene el registro de contextos mortuorios excepcionales que datan del 350 aC, es decir, hace más de 2350 años. Por todo esto, se sigue trabajando para entender cómo fue su organización social, su cultura y los diversos tipos de actividades económicas, rituales y organizativas que se realizaban.

Pese a la pérdida del lago en el primer cuarto del siglo XX, algunas de las prácticas culturales lacustres permanecen vivas; por ejemplo, todavía existen pescadores aventando sus redes en los canales que drenan el agua y la colectan hacia Laguna Colorada. Incluso cuando el tule escaseó de manera considerable, obligando a los artesanos y artesanas a destinar su tiempo al cultivo y aprovechamiento de las tierras, la planta sigue creciendo a las orillas de los mencionados canales y de la lagunita hacia la que se dirigen.

Con este trabajo queremos recordarle a toda la comunidad de San Juanito de Escobedo que está invitada ¡A tejer petate!

Capítulo I

La región valles, sus lagos, volcanes y la relación intrínseca del ser humano con el entorno

El lago de Magdalena, junto con el volcán de Tequila y el cauce Lerma- Santiago, son los protagonistas naturales de la región geográfica denominada región Valles en el estado Jalisco. Su configuración fisiográfica inició hace 65 millones de años como producto de tres sucesos geológicos. El primero fue la formación de la Sierra Madre Occidental, una franja que se caracteriza por un conjunto de mesetas altas, surcada por barrancas y escurrimientos que forman profundos cañones los cuales alcanzan valores de 800 a mil metros de altitud.

La Sierra Madre Occidental corre paralela con la costa del Pacífico desde la frontera de los Estados Unidos, en los límites de Chihuahua y Sonora con Arizona, hasta las fronteras de Nayarit y Jalisco, al margen norte del Río de Santiago, en el municipio de Zapopan.

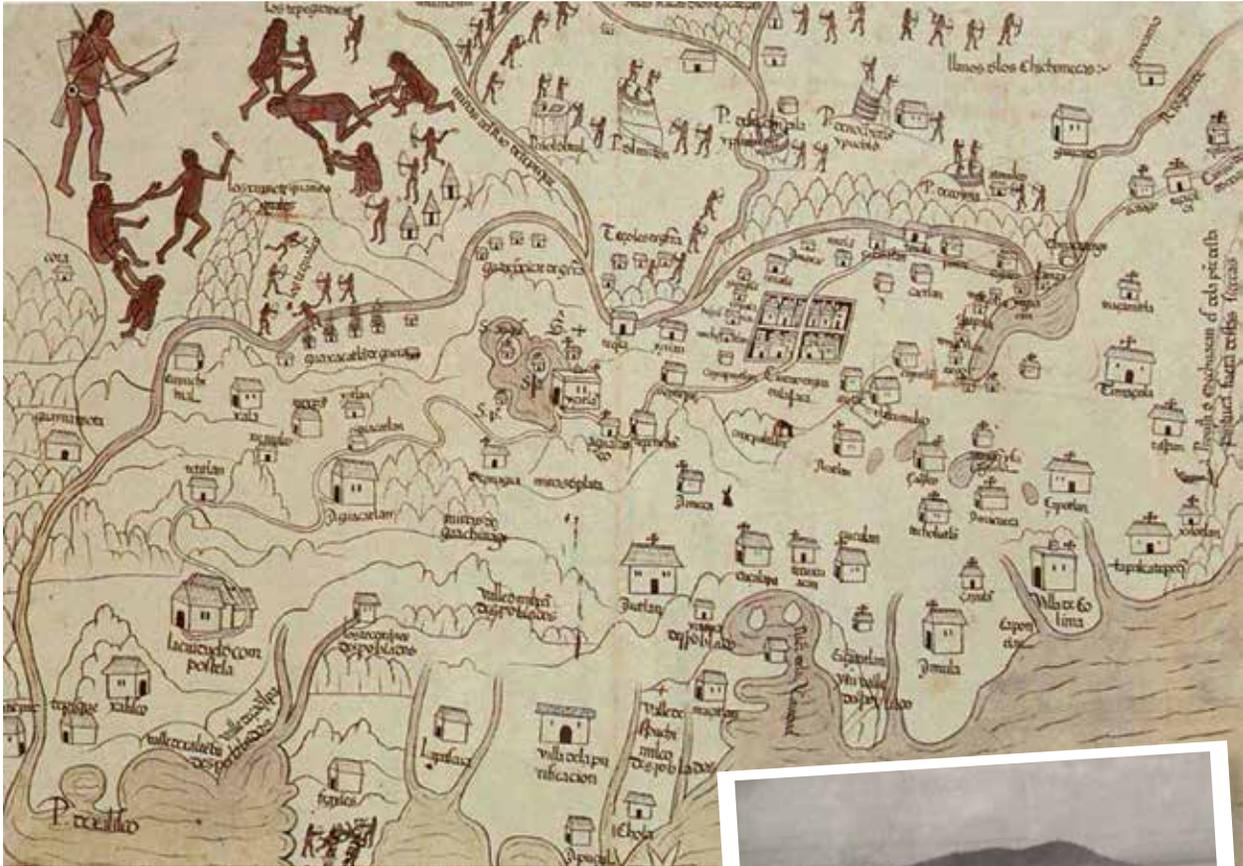
En ese punto la Sierra Madre Occidental converge con el Eje Neovolcánico Transversal, el cual constituye el segundo suceso clave para la formación de la región, ya que en su faja se integra el complejo volcánico de Tequila. El cono principal de este complejo es un estratovolcán, de cuya actividad, anterior a los 220 mil años, surgieron los yacimientos de vidrio volcánico conocido como obsidiana o iztete, que provienen de lavas ácidas y de origen riolítico. El número registrado de yacimientos de este tipo suma alrededor de 53, según el arqueólogo Rodrigo Esparza, y están caracterizados por obsidiana de una gran gama de colores y tonalidades que van del azul al verde opaco, verde vejiga, amarillo, blanco, rojizo, café, de vetas negras hasta el color negro, que es el más abundante.

El tercer evento importante para configurar la fisiografía final de la cuenca fue la erupción de los volcanes jóvenes de la Caldera de la Primavera, hace 30 mil años. Dicha actividad fue responsable de la gran cantidad de ceniza que forma la capa Toba-Tala, la



cual constituye lo que actualmente se ha nombrado como xal en referencia a una deposición que contribuyó a la formación de cuencas endorreicas y que, incluso, cambió las condiciones lacustres de los lagos San Marcos, Teuchitlán y Magdalena. Fue así que se configuró la geomorfología final de un volcán cinerítico, que hoy conocemos como la Isla de Atitlán, compuesto por cenizas, dacitas y otros piroclas-

Capítulo I



tos producto de la actividad volcánica del Tequila, registrada hace por lo menos un millón de años.

En este escenario natural es donde más tarde actuaría el ser humano. Las sociedades asentadas en la región Valles desarrollaron un modo de vida lacustre –acorde con la presencia del cuerpo de agua- hasta 1940 cuando el acuífero fue desecado. El hecho es relevante dado que, en México, las ciénagas constituyen una de las razones vitales para la existencia y pervivencia de los pueblos a lo largo de miles de años. Estudios arqueológicos, históricos y etnográficos en las zonas lacustres de las cuencas en los estados de México, Michoacán y Jalisco demuestran que el modo de vida relacionado con los entornos lacustres preponderó económica y cosmogómicamente dentro de la dinámica cultural del México antiguo y permanece en la actualidad.

El concepto «modo de vida lacustre» predispone la relación directa e indisoluble entre el ser humano y su



entorno acuático, la cual se infiere en la cognición y las prácticas culturales relacionadas con la obtención de alimentos y la producción artesanal de un grupo social; por tal razón, a lo largo de miles de años, las inmediaciones del lago sirvieron para el desarrollo de diversas sociedades. El sistema de interacción social se caracterizaba por una amplia distribución de elementos arquitectónicos compartidos y por la movilidad económica de productos útiles y suntuarios, incluidos los elaborados con recursos lacustres.

A partir de las exploraciones de Carl Lumholtz a inicios del siglo XX, los vestigios de los pueblos que alguna vez estuvieron asentados en el Occidente del territorio mexicano llamaron la atención del mundo,

sobre todo por las llamativas formas mortuorias de las «tumbas de tiro» características de las tradiciones tempranas, ubicadas temporalmente entre el 200/350 aC y el 400 dC. La complejidad y variabilidad de los asentamientos posteriores (450–1100 dC), así como los avances tecnológicos de los materiales culturales y los mecanismos de aprovechamiento del entorno, comenzaron a ser dignos de resaltar.

No obstante, se tiene registro de grupos nómadas que ocuparon el lugar hace por lo menos diez mil años y resultan anteriores a las sociedades en que se elaboraban objetos de cerámica. Aunque esas evidencias no han sido del todo estudiadas, gracias al análisis de sedimentos al interior del lago se pudo confirmar su presencia. La ocupación sedentaria ocurrió miles de años después, aproximadamente en el 1200 aC. El investigador Joseph Mountjoy es quien ha dedicado sus investigaciones al estudio de dichas ocupaciones en las regiones vecinas, confirmando así el desarrollo de lo que se consideró como la primera tradición arqueológica: la Tradición Capacha. Desde ese momento hasta la llegada de los españoles, se reconocen arqueológicamente actividades lacustres relacionadas con la obtención de alimentos, la manufactura artesanal y la movilidad acuática.

Pero, ¿cuáles son esas actividades características de los entornos protagonizados por un lago? Pues bien, se trata de la caza, la pesca y la recolección; sin embargo, de estas se derivan otras actividades específicas como la caza de aves acuáticas, para elaboración de arte plumaria; la pesca, no sólo de peces sino de ranas, insectos, serpientes y otras especies acuáticas, y la recolección de frutos y plantas para satisfacer el sustento humano, pero también para el trabajo artesanal —con base en el tejido de fibras— enfocado en la elaboración de diversos objetos.

Estas prácticas están presentes en los contextos arqueológicos de diversas maneras, ya sea en objetos utilitarios, iconografía, improntas o restos botánicos. La pesca, por ejemplo, es evidente desde los asentamientos tempranos. La presencia de materiales como puntas líticas, principalmente de obsidiana; figurillas antropomorfas alusivas y tiestos cerámicos reabajados de forma circular, que se



relacionan funcionalmente como pesas para red; y, para las fechas más tardías, anzuelos de meta son algunas de las evidencias de la pesquería.

Por su parte, la cestería se hace presente en impresiones encontradas en tiestos cerámicos que muestran un tejido de petate simple, «dos por dos», lo cual permite confirmar la actividad pese a la particularidad orgánica del tejido de fibras imposible de conservar en el contexto arqueológico.

La agricultura hidráulica también es un testimonio de la interacción del ser humano con el medio. Su huella está presente al norte del territorio fósil del cuerpo acuífero y fue descubrimiento de Phil Weigand, gracias a una fotografía tomada desde un vuelo en helicóptero. Dentro de su contexto, se describe la existencia de cientos de artefactos de obsidiana para la caza y la pesca, así como piedras de honda relacionadas con la caza de aves que también resultaron registradas recientemente en la superficie de la Isla de Atitlán. Otros indicios son los hallazgos de mecanismos de movilidad a través del lago; Weigand reporta embarcaderos tanto en las playas de la Isla de Atitlán como en las cercanas a los sitios de otros asentamientos en los alrededores del lago. Aún no se ha registrado la presencia de canoas antiguas en la región.

Etnohistoria: reminiscencias lacustres en fuentes coloniales, cartografía y otras referencias

Fuentes pictográficas, cartográficas y escritas de la época colonial muestran algunos indicios de la presencia del lago y de sus habitantes. En esta parte

Capítulo I



del Occidente mexicano, la primera presencia española se constata en 1524, cuando Francisco Cortés, primo y lugarteniente del conquistador, dirigió un ejército en dirección al norte desde Colima. De la expedición surge la *Relación de visitación*, de Gonzalo Cerezo y Diego de Noria de 1525, un censo de población en la región que incluía las localidades laguneras de Magdalena. En este documento de 1531 se menciona al poblado de Etzatlán como cabecera de la provincia, que incluyó como parte de sus localidades a Ocotitlán y Atitlán. En los reportes del censo, los encomendados describen una gran laguna de agua dulce y algunos aspectos de la forma de vida de los habitantes como la obtención de recursos lacustres, la presencia de «tianguis», la organización de los asentamientos y el número de familias que habitan cada uno. Propiamente, sobre la isla de Atitlán se menciona:

«Vesitó el dicho señor este día un peñol que tiene en dicha laguna, muy poblado, que se

dice Atitlán, una legua de la cabecera que le cerca el agua; es de media legua de boxo, l cual dijo que tiene LXX casas, e visto por el dicho vesitador le pareció que tiene doscientas y cincuenta casas e quinientos hombres, y esta gente que está en este peñol es de la cabecera que por medio de las guerras se metieron dentro, y tienen sus labranzas fuera de las tierra, las casas deste peñol son las paredes de piedra y la cobertura de paja, hay pues a manera de los Calna y las piedras labradas; está este peñol dos tiros de la ballesta de la tierra firme, tratan de mucho pescado, los mas destos son naguatatos».¹

Asimismo, los autores aluden al consumo de pescado, maíz y algodón por los pobladores de Tezon-tepeque –posiblemente el actual poblado de San

¹ Texto tomado de la cita de Guzmán y Cortés sobre los reportes de Gonzalo Cerezo y Diego de Noria, 1937 [1531]: 558-559.

Pedro, ubicado en la parte oeste del lago— y del Peñol de Tenyca, actualmente Santiaguito, ubicado al noroeste de la Isla de Atitlán; ambas localidades en San Juanito de Escobedo.

Decenios después, *Las relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, elaboradas por orden de Felipe II en 1579, muestran el panorama en 1575, sobre todo en la sección de las Relaciones de Ameca. En general, se describe a la gente y su modo de vida; la organización social, las prácticas culturales, cívicas y religiosas; la vestimenta; los roles de trabajo y las características constructivas de los asentamientos y espacios de habitación. Pese a que no se hace referencia a la presencia del lago ni de la vida lacustre, encontramos algunos remanentes sobre el abastecimiento de recursos de entorno acuático tales como aves para ornamento y consumo, así como del uso de petates como elemento constructivo y de descanso.

Casi un siglo después de la llegada de los españoles a la región, *La crónica miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*, escrita por Fray Antonio Tello entre 1650-1653, describe los acontecimientos inmediatos a la llegada de los europeos a esta región. La crónica de Tello está conformada por tres tomos y fue gracias al descubrimiento y publicación del facsímil del tomo II que se clarificaron varios datos etnohistóricos que permanecieron a oscuras durante siglos. Un ejemplo es la existencia del lago de Magdalena que, por su ausencia en las *Relaciones geográficas*, se pensó era un cuerpo de agua acumulada después de la llegada de los españoles. Inclusive, algunos de los pobladores aledaños situaban su presencia en una fecha reciente. Sin embargo, el facsímil termina con esa errada idea, y confirma lo descrito por los visitantes iniciales. Tello se refiere al lago cuando narra la expedición de Nuño de Guzmán. Su relato dice:

«Fué marchando cuatro leguas por un valle muy fértil, de muchas aguas y fuentes, y llego al pueblo de Etzatlán a las tres de la tarde, y su laguna, cuyas islas estaban muy pobladas de gentes, y como iba allí Juan de Escarcena,



su encomendero, que fué de los capitanes de Francisco Cortés, cuando ganaron esta provincia cuatro había, hizole muy solemne recibimiento por los señores del pueblo, con muchos arcs, muchos bailes y presentes de cacao, pescado blanco y ropas [...].²

Por su parte, existen fuentes pictóricas con referencia al lago y sus dos islas: la sureña; la Isla de Atitlán; y otra al noroeste, posiblemente Tenyca, Santiaguito. La *Pintura del Reino de la Nueva Galicia* del Archivo General de las Indias traza la configuración de la región entre 1540 y 1550. El esquema sirve como referente para la ubicación de asentamientos, pero debe tomarse con cautela pues, debido al desconocimiento de su origen y objeto prístino, los topónimos pueden referirse a los nombres actuales de algunas localidades. El mapa *Ortelius Hispaniae Novae Sivae Magnae Recens at Vera Descriptio*, de 1579, presenta con bastante exactitud cartográfica los sitios y algunos topónimos que igualmente se correlacionan, tanto con el primero, como con las referencias actuales.

² Fragmento de Tello, 1891 Cap. XXXII: 87



Capítulo I

PRIMERO LA CERÁMICA

La metalurgia en México es una tecnología que se popularizó tardíamente entre los pueblos antiguos.

Es decir, mientras la manufactura de cerámica se sistematizó hace más de 4 mil 500 años, el uso de los metales comenzó hace apenas mil 200 años, en el periodo temporal denominado como posclásico, entre el 800 y 900 dC.

La toponimia es otro instrumento de aproximación física del entorno. La manera en que las sociedades designan un nombre para un espacio o sitio traduce sus impresiones, preferencias y el uso destinado del mismo. Los topónimos en Jalisco son palabras adoptadas de la lengua náhuatl, cuya máxima distribución se alcanzó a la llegada de los españoles, al igual que aquellas provenientes de la lengua castellana. Los topónimos de origen náhuatl tienen, por lo general, dos componentes: 1) un sustantivo, con o sin adjetivo, como prefijo y 2) un locativo verbal, es decir, un sufijo con una denotación locativa que puede ser tan variada como el universo de palabras que existen en náhuatl.

En la zona de estudio existen referencias a nombres antiguos con el prefijo *a-tl*, que hace alusión al «agua». Uno de estos casos es el nombre de Atitlán: el nombre se deriva del náhuatl y significa «lugar entre aguas» o «lugar junto al agua», ya que cumple con la estructura *Atl*, «agua», y *titlan*, «entre» o «lugar de». En el suroeste de México, en Guatemala, existe un lago en cuyos límites se eleva un volcán y una localidad que llevan el mismo nombre: Lago de Atitlán, Volcán de Atitlán y Santiaguillo de Atitlán, respectivamente. Otro topónimo con el mismo prefijo es el nombre antiguo del pueblo de San Juanito de Escobedo: *Atlitic* o San Juanito de *Atlitic*. En el centro de México existe una localidad bajo la misma denominación, salvo que le antecede el nombre en castellano: Santa María Magdalena *Atlitic*. Este último es un vocablo náhuatl que en las referencias más comunes se interpreta como «piedra en el agua» o «piedra del agua»; sin embargo, estrictamente el sufijo *tlitic* significa «interno» o «dentro», por lo que debería traducirse como «aguas adentro» o «dentro del agua».

En resumen, los datos muestran que el territorio de la cuenca de Magdalena fue testigo de la vida con el agua desde los primeros pobladores hasta la intervención antropóloga que la desecó en su totalidad en el año 1930. La pesca y la petatería son actividades que perduraron por milenios.

Capítulo II

San Juanito de Escobedo bajo la lupa arqueológica. La red Aztatlán y los asentamientos arqueológicos en la cuenca

La red de comercio Aztatlán inició en el 850 dC y según la arqueóloga Laura del Solar es un indicio de globalización en el México antiguo. Esta red conectó económicamente, a través del intercambio y comercio, a sociedades que habitaron las costas de Sinaloa, Nayarit y Jalisco con Guanajuato, Aguascalientes, Michoacán, Zacatecas y el centro de México, hasta lo que hoy es Tula, en Hidalgo. Quienes se dedicaron al trabajo artesanal, tanto itinerante como estacional, fueron tan protagonistas de este sistema económico como los comerciantes.

Las primeras referencias sobre Aztatlán están en las crónicas de Tello, de las que ya se hizo mención. En éstas se describe una sociedad occidental cuya oleada cultural llegó hasta el centro de México. Sin embargo, fue hasta entrado el segundo cuarto del siglo XX cuando investigadores como Carl Sauer y Brand y Lister buscaron entender las relaciones culturales del suroeste de Estados Unidos con el Occidente y el Centro de México. Con su trabajo, un tanto influenciado por la tendencia difusionista de esa época, se identificaron objetos cerámicos con decoración policroma y motivos iconográficos complejos que muestran posibles seres mitológicos relacionados con el Centro de México, por lo cual determinaron que se existió lo que ellos llaman «difusión cultural» desde las sociedades centrales hacia el Occidente, misma que definen como una expansión cultural uniforme y de mayor desarrollo desde la frontera de Michoacán y Guerrero hasta el norte Sinaloa.

Con base en lo anterior, muchos investigadores relacionaron esta tradición cerámica con el fenómeno Tolteca en el centro de México y con el Horizonte-estilo Mixteca-Puebla, en Puebla y Oaxaca. Actualmente y tras varias décadas de investigación, Aztatlán se entiende como una red de asentamientos independientes que estuvieron articulados por el comercio



entre los siglos X y XII de nuestra era, abarcando las regiones del Occidente y parte del noroccidente de México, comprendiendo los actuales estados de Colima, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Sinaloa, el sur de Zacatecas y el centro y sur de Durango.

Los patrones de asentamientos, la producción de metales, las representaciones simbólicas en cerámica, así como el intercambio de bienes son analizados recientemente en el libro *Aztatlán. Interacción y cambio social en el Occidente de México ca. 850-1350 dC*, en cuyas colaboraciones se deja claro que los sitios de la red compartieron elementos de su cultura material, distinguiéndose a la vez de otras regiones. Sin embargo, no se trata de un sistema aislado, sino que permitió el tránsito de algunos materiales y conceptos a una escala suprarregional, alcanzando contacto incluso con el suroeste de los Estados Unidos y el norte de Sudamérica.

Los grupos que comparten esta red se caracterizan por la manufactura y el intercambio de recursos suntuosos, la práctica de cultivo intensivo y la optimización en el aprovechamiento de recursos. También eran excelentes alfareros, su cerámica es colorida con grabados bien elaborados de figuras geométricas y

Capítulo II

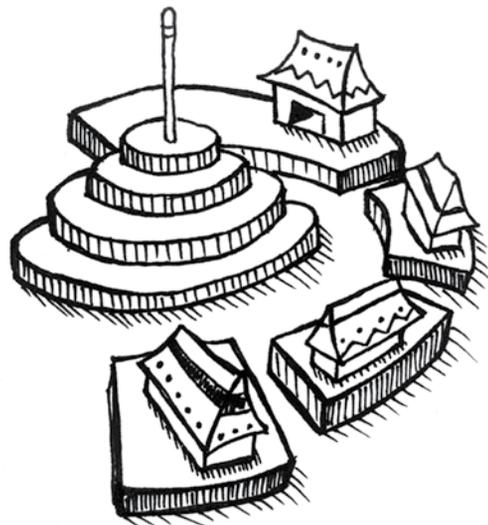
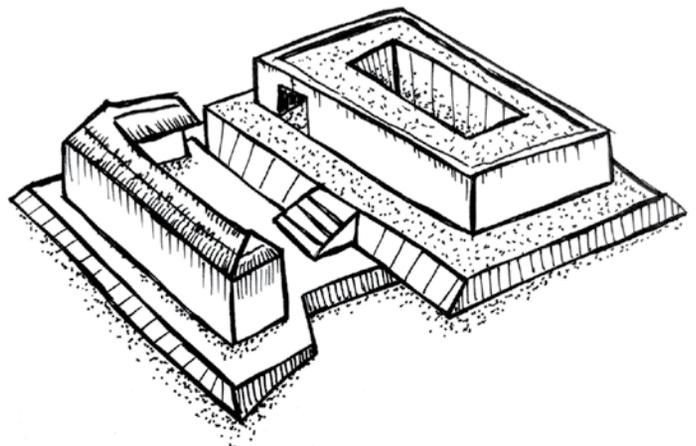


motivos abstractos. A estas características se suma la práctica de la metalurgia en fechas más tempranas que el resto del México antiguo. Los cementerios son comunes en los centros ceremoniales, con una práctica de inhumación limitada a ciertas áreas, la cual consiste en la desarticulación del cuerpo que posteriormente es depositado en jarra o urna.

La cuenca de Magdalena jugó un papel importante en esta red y nuestra área de estudio fue denominada «Área Económica Clave» por Eduardo Williams y Phil Weigand en una publicación del 2004. El término se le atribuyó debido a la biodiversidad, fisiografía y ubicación estratégica que permitieron al ser humano adecuar espacios diversos de ocupación y abastecerse de recursos para el sustento, la manufactura y la distribución de productos útiles y suntuarios a través del tiempo. Estos bienes estratégicos fueron fundamentales para el desarrollo cultural del México antiguo como parte de la dinámica prehispánica local, intrarregional y con sociedades. Con lo anterior, la Tradición Aztatlán debe considerarse como un fenómeno económico que permeó a lo largo de una gran franja que se registra en el Occidente y el Centro de México. En estas regiones, más que una cultura como tal, fluctuaron e interactuaron centros de administración locales y regionales con el fin de consolidar esa red económico-política y social que, como veremos en las siguientes secciones, está presente en la mayoría de los complejos arqueológicos estudiados en la Isla de Atitlán.

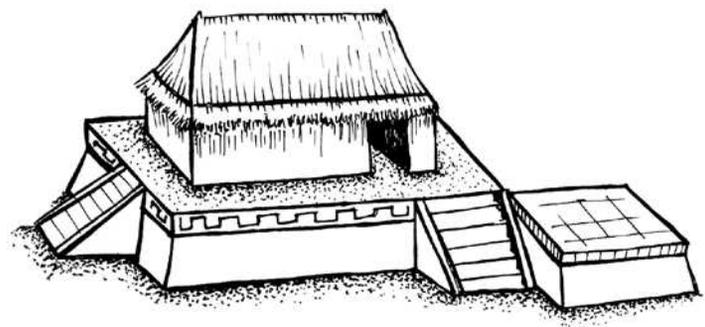
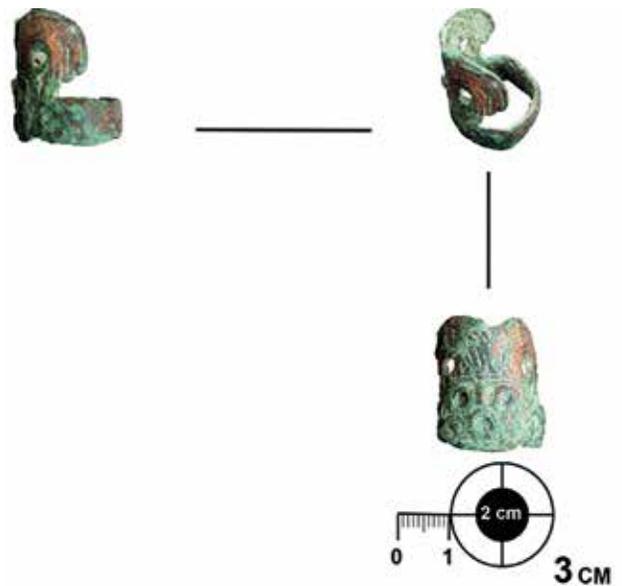
Hasta aquí, se ha escrito sobre Aztatlán por ser la ocupación más estudiada en la Isla de Atitlán; sin embargo, antes, entre el 350 aC y el 350 dC hubo va-

rios asentamientos humanos. En estas inmediaciones existen evidencias de construcciones de uso público que formaban plazas circulares, la arquitectura conocida como «guachimontón» correspondiente a una tradición denominada por Weigand en 1993 como «Teuchitlán», la cual es equivalente a la también conocida como «Tumba de Tiro» por su tradicional construcción mortuoria. La complejidad de su organización social se ha explicado a través de dos modelos: el cacicazgo complejo propuesto por Lorenza López Mestas, en el 2013; y la sociedad estatal inicial, planteada por el investigador Phil Weigand en 1993. Ambas teorías parten de la evidencia de mecanismos organizativos y de planificación de los sitios, de especialización y estandarización artesanal de objetos elaborados con obsidiana, concha y cerámica, así como de la intensificación agrícola vista a través de la agricultura hidráulica. En resumen, la economía de esta Tradición estaba fincada en el aprovechamiento de recursos del entorno y la agricultura.





A partir del 450 dC se reconocen nuevas características culturales. Las tumbas de tiro y los centros cívicos ceremoniales circulares de estilo «guachimontón» dejan de edificarse; en cambio, se registra una nueva configuración espacial que permite inferir una organización política e ideológica diferente, la cual permeó internamente y a nivel regional. Los sitios en este periodo se caracterizan por estructuras de uso cívico-ceremonial cuya monumentalidad se aprecia a nivel horizontal por la extensión de espacio que abarcan, tanto las estructuras como las plataformas que las soportan. A esta tradición se le conoce como Grillo. Las edificaciones públicas y administrativas pueden ser en forma de «U» o «L» y fueron construidas con canteras, basaltos y arenas. Asimismo, existen hallazgos relativos al contexto lacustre, entre estos, una impronta en cerámica que se presentó en líneas anteriores. Se registró en el sitio Palacio de Ocomo, ubicado en el poblado de Oconahua en el actual municipio de Etzatlán, y muestra el tejido sencillo de petate del tipo que la investigadora Mari Carmen Serra Puche denomina «dos por dos». Los sitios hasta ahora registrados arqueológicamente son Ex Hacienda de Santa María de Las Navajas, Santa Cruz de Bárcenas y el antes mencionado, Palacio de Ocomo. No obstante, en la Isla de Atitlán y en las inmediaciones del municipio de San Juanito de Escobedo existen asentamientos que representan



Capítulo II

DIVERSIDAD MESOAMERICANA

En Latinoamérica, el escenario histórico y cultural es tan variado como su habla.

Los pueblos originarios se comunican en 420 lenguas distintas derivadas de 99 familias lingüísticas, según la UNICEF. En México se tiene registro de 68 lenguas provenientes de 11 familias lingüísticas, mientras que en Jalisco y el resto de la región de Occidente Gerhard estimó en 1996 que, antes de la llegada de los españoles, existieron al redor de 20 lenguas entre ellas la cazcana, grupo cultural que habitó la región Valles.

esta tradición. Las excavaciones realizadas por la investigadora Lorenza López Mesas en los sitios arqueológicos vecinos como La Higuera, Tala, Plan del Guaje y Tonalá, permiten situar el complejo entre el 450 y el 750 dC. La cantidad y calidad de los objetos suntuarios y la planificación de los sitios en este periodo dejan ver una sociedad estratificada o jerarquizada. El Palacio de Ocomo, por ejemplo, muestra las mismas características y se explica como un centro administrativo.

Antes de la llegada de los españoles, Aztatlán/Huistla y Atemajac fueron las últimas tres tradiciones que arqueológicamente se registran en la cuenca. La temporalidad entre ellas resulta ambigua, por los pocos resultados absolutos de fechamiento. Trabajos en las zonas vecinas de la región Valles hacen suponer un traslape durante el 850 y el 1100 dC. Finalmente, el arqueólogo Javier Galván denomina como Tradición Atemajac a la última evidencia arqueológica con data anterior a la llegada de los españoles. Por otra parte, Phil Weigand sugiere que el área de la cuenca en ese momento fue punto focal de un importante sistema social con alta concentración demográfica, sobre todo durante el 1100/1200 a 1500 dC. Los sitios próximos al momento de contacto serán, en algunos casos, los que se localizan sobre los asentamientos actuales de Etzatlán, Xochitepec (Magdalena), el Reliz, la Coronilla, Isla de Atitlán y, por supuesto, la cabecera municipal de San Juanito de Escobedo. La organización sociopolítica se reflejaba en la distribución de sus asentamientos la cual fue explicada por él mismo bajo el término de «a barrios». Es importante notar que Xochitepec, al norte, estuvo probablemente gobernado por Guaxicar, un personaje histórico al que se le atribuye la lucha por la independencia indígena, según infiere el propio Weigand. Las arqueólogas Verónica Heredia Espinoza y Martínez Rojo reportaron en el año 2012 las que podrían ser las ruinas del posible asentamiento, las cuales se localizan a tan sólo unos cientos de metros hacia el noroeste del poblado actual de Magdalena, próximo al río Santiago.

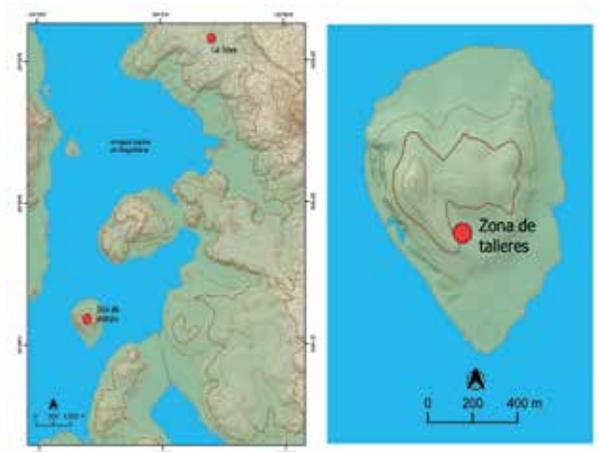
Capítulo III

La vida isleña de quienes habitaron Atitlán. Organización del espacio, actividades de subsistencia y trabajo artesanal de larga data

La Isla de Atitlán, conocida localmente también como Las Cuevas o La Otra Banda, es una formación volcánica. Décadas atrás era considerada por Phil Weigand como una elevación de cenizas resultantes de la actividad vecina con no más de diez mil años de antigüedad. Recientemente, gracias a los trabajos de geólogos como Lewis y sus colaboradores, se sabe que es mucho más antigua por tratarse de un volcán cinerítico del complejo Tequila cuyo origen se remonta a más de un millón de años.

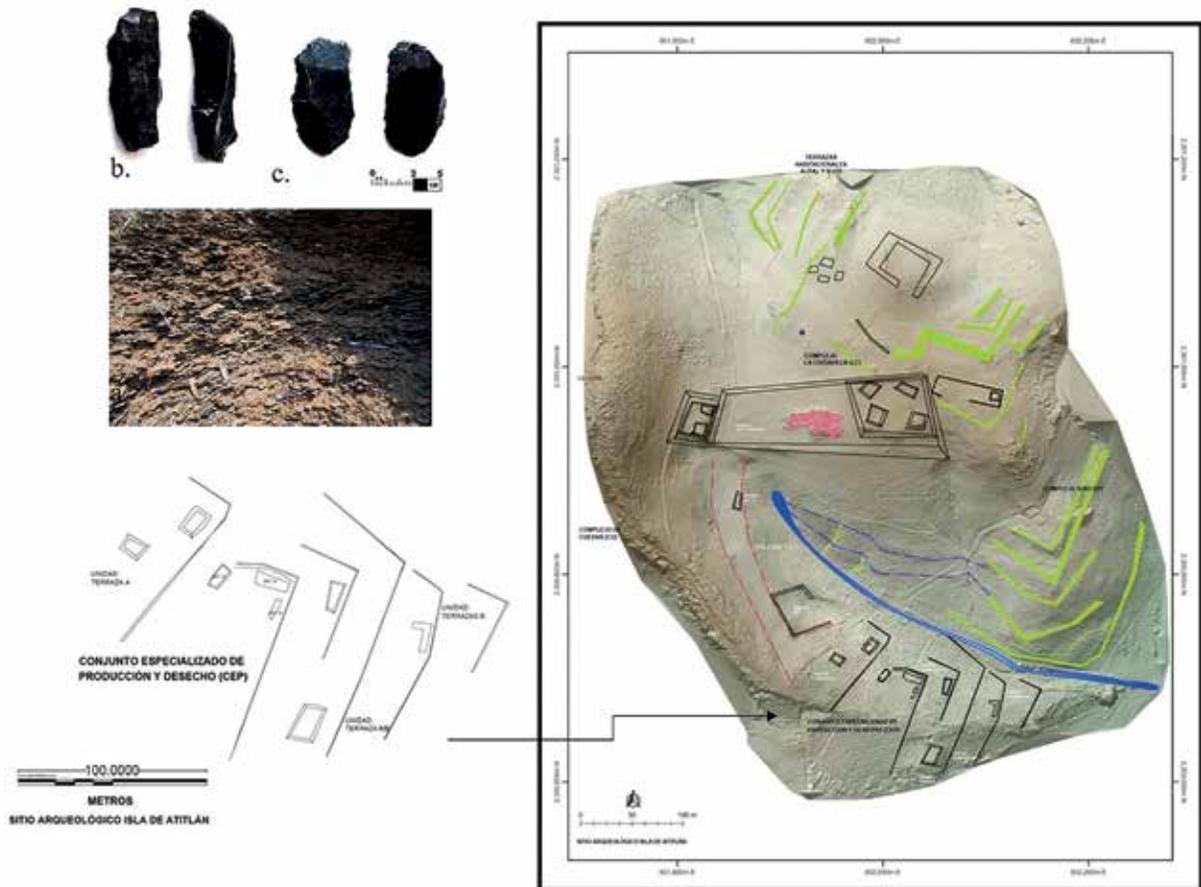
La superficie de este pequeño volcán inactivo fue adaptada durante cientos de años por los seres humanos. Ahí desarrollaron actividades de todos los órdenes sociales, sobre todo económicas. Desde hace varias décadas, esta formación ha llamado la atención de quienes la han visitado con fines de reconocimiento arqueológico, no sólo por la presencia de cuevas antrópicas —que se presume fueron construidas desde la época prehispánica— y de las ruinas de una capilla edificada a principios de la época colonial, la cual confirma el interés del espacio desde mucho antes de la llegada de los españoles hasta después de su establecimiento formal en este territorio. La superficie de este espacio geográfico resguarda un pasado de trabajo y vida cotidiana relacionada con el aprovechamiento del medio lacustre, el cual permitió a los antiguos habitantes incorporarse a redes amplias de comercio y distribución de productos, tales como la Aztatlán.

Las descripciones de quienes han estudiado la isla con fines de reconocimiento arqueológico señalan al sitio de Atitlán como el barrio más importante de los descritos en las fuentes. Los vestigios que se han registrado están comprendidos por: a) La Ciudadade-



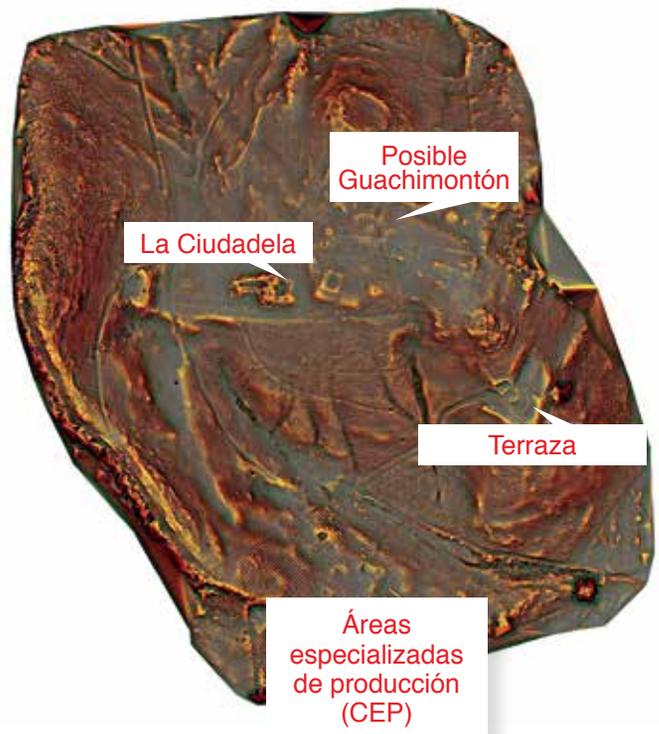
la, localizada en la parte meseta alta; b) una capilla católica sobre la plataforma principal del complejo La Ciudadela; c) Un espacio de producción a gran escala, denominado recientemente como Conjunto Especializado de Producción y Desecho, en donde se elaboraron objetos de obsidiana que servirían para otra producción artesanal relacionada con el corte y raspado de plantas; d) el sistema de cuevas artificiales utilizadas desde la época prehispánica hasta la actualidad; y e) varias terrazas habitacionales, también de la época prehispánica.

Capítulo III



Reconocimiento de superficie, técnicas de prospección, excavaciones y análisis de materiales y residuos

Desde el inicio de los trabajos arqueológicos realizados entre 2009 y 2023, se han utilizado diversas técnicas de exploración en la Isla de Atitlán. En relación al trabajo de campo, se implementaron el recorrido de superficie amplio y sistemático, la prospección mapográfica y con el uso de imágenes satelitales y, más tarde, la fotogramétrica y la lectura con sensor Lidar. Se excavaron sistemáticamente y por estrato dos espacios; uno en el complejo de producción CEP y otro en las terrazas habitacionales ubicadas al norte de la isla. Asimismo, se han llevado a cabo análisis de materiales tanto a nivel macroscópico como microscópico para la identificación de huellas de uso y microrrestos en ellas, así como para el registro de traza elemental de los objetos, específicamente los de obsidiana, y se han identificado residuos químicos, restos y macrorres-





tos botánicos asociados a los espacios culturales y, finalmente, se está en espera del resultado de los resultados de análisis de radiocarbono catorce.

Con las exploraciones iniciales se pudieron delimitar y precisar los espacios habitados en la isla durante la época prehispánica. Más adelante, en el periodo 2021-2022 y gracias a las exploraciones con sensor Lidar, se reconocieron las extensiones de estos espacios. La organización espacial consta de seis complejos, entre los cuales, los cinco previamente identificados fueron delimitados con mayor precisión tras las nuevas técnicas aplicadas. Además, se apreciaron nuevas adecuaciones de la superficie con conjuntos de terrazas y plataformas antes no vistas, estructuras rectangulares y cuadrangulares e, incluso, una circular, así como nuevos perfiles culturales estratigráficos que sugieren cinco ocupaciones temporales y restos de objetos que reflejan a actividades de los órdenes público –cívico y ritual–, habitacional y doméstico, de cultivo y de producción artesanal especializada durante esas cinco ocupaciones.

Como se tratará ampliamente en las siguientes secciones, las excavaciones de la última ocupación antes del presente (el posclásico) permitieron registrar, por primera vez, un entierro asociado a una de las áreas de producción del posclásico. Se trata de una tumba múltiple, compuesta por un individuo adulto y un menor. Asimismo, se exploró un contexto fúnebre más temprano, con una antigüedad fechada hacer por lo menos dos mil años; desgraciadamente, este segundo entierro se encontró alterado, saqueado probablemente hace varias décadas. Sin embargo, el registro sirve como testimonio

de las técnicas constructivas utilizadas en ambos contextos fúnebres, ofrece datos a partir de algunos materiales que no fueron removidos por quienes alteraron previamente los sitios, así como permitió el hallazgo de una ofrenda mortuoria asociada al acceso superior del tiro, algo que antes no se había encontrado en esta región.

De la misma suerte, producto de estos trabajos ahora se cuenta con un primer mapa de organización de grabados en piedra entre los que se identifican líneas, puntos, círculos, espirales y pocillos. Una con grabados circulares que dirigen a los puntos cardinales, la cual mira hacia el oeste de la isla, denominada por la comunidad como La Vigía tras su hallazgo en 2021, es uno de los puntos más importantes referidos en ese mapa. Cabe mencionar que aún se realizan exploraciones y trabajos para determinar la organización de estas manifestaciones y su explicación en cuanto al contexto espacial.

Espacios para la realización de actividades públicas, rituales y de producción por quienes habitaron la isla

Durante la época prehispánica los espacios de la isla, como ya se ha venido señalando, estaban destinadas a la realización de actividades tanto públicas como rituales, habitacionales y de producción; a diferencia de la actualidad, cuando son principalmente dedicados al uso agrícola y de esparcimiento. Esto lo sabemos por la organización de las estructuras, las características de las mismas y los materiales asociados a estas.

La investigadora Linda Manzanilla describe a los palacios, espacios abiertos y centros públicos de Mesoamérica como conjuntos conformados por varias estructuras, cuartos, patios y plazas. Además de que existían los palacios segregados y cerrados donde moraban los gobernantes junto con las personas que estaban a su servicio, existían los palacios multifuncionales, en los cuales también podrían realizarse actividades de orden público, ya que, como Manzanilla subraya en referencia a los gobiernos colectivos o confederados «...quizá el “palacio”, más que una residencia para los gobernantes, sea una sede donde se toman las decisio-

Capítulo III

nes políticas y administrativas», es decir, aquellas que, según el investigador Liendo Stuardo, se relacionan con eventos sociales, culturales y económicos convocados por el orden político, en los cuales participan gran número de personas.

En la Isla de Atitlán, el espacio público se ubica en la meseta central y se denominó La Ciudadela, respetando el nombre que le asignó Phil Weigand. Se trata de una plaza construida sobre una amplia plataforma de arenas que aprovechó la meseta natural. La plataforma está formada por dos estructuras laterales —la estructura este (EE) y la oeste (EO)— y un amplio patio que sugiere actividades públicas de acceso abierto. El conjunto cubre un área aproximada de 230 metros cuadrados. El vestigio que quizás más llame la atención es La Capilla, la cual se edificó sobre el amplio patio a la llegada de los españoles, fue construida con canteras y lajas. Por la presencia de algunos pozos de saqueo y los materiales en su superficie, se sabe que fue alzada sobre una construcción prehispánica, asociada posiblemente con el patio de la plataforma principal, la cual denominamos estructura 1 (E1). Con la detección Lidar se anexó a este espacio, en su parte noreste, un conjunto de terrazas y estructuras rectangulares, al igual que se visualizó un posible «guachimontón» acompañado con un juego de pelota (con estructuras laterales anexas).

Al norte yacen dos conjuntos de terrazas habitacionales y agrícolas asociadas a materiales domésticos. Las actividades domésticas, es decir, del día a día de los habitantes de un entorno lacustre, se caracterizan por la presencia de materiales e indicios de acciones relacionadas con la subsistencia —como el cultivo, la pesca y la caza para el consumo de alimentos— y el aprovechamiento de materias primas para la construcción y la vida diaria. Además de espacios relacionados con esas actividades, se encontraron otros dedicados a la manufactura de objetos de uso utilitario y, en algunos casos, al intercambio comercial local.

En las terrazas de la isla se han registrado puntas de proyectil para caza y pesca, esferas de basalto localmente denominadas pateras —que en la litera-

tura encontramos como hondas—, ollas, molcajetes, comales y otras formas cerámicas asociadas a su vez a manos de metate y metates, las cuales hacen referencia a actividades cotidianas relacionadas con la preparación y consumo de alimentos. En el año 2022 fue posible explorar con mayor precisión una de las estructuras, para nuestra sorpresa y a diferencia del sector sur de la isla, la presencia de obsidiana resultó mucho menor; sin embargo, aumentó la presencia de instrumentos líticos, como laja basáltica y residuos de basalto poroso, lo cual coincide con dos afloramientos identificados: uno de roca basáltica porosa y otro, en la parte alta, de lajas.

Por otro lado, al oeste, ladera abajo y a nivel de la playa, se evidencian claramente dos de las doce cuevas de formación antropogénica excavadas en el material arenoso de origen volcánico de la propia de la isla. Las cuevas, según la cosmovisión mesoamericana, son una entrada al interior de la tierra, lo que a su vez simboliza la entrada al inframundo. En otras palabras, podemos advertir que se construyeron entradas al mundo que —de acuerdo con las creencias de los antiguos pobladores— habitan los ancestros y seres inanimados que forman parte de su cosmos. La presencia de estas cuevas antrópicas —es decir, construidas por el ser humano— implica que en este asentamiento se realizaban prácticas rituales con una carga ideológica importante, sin descartar el hecho de que, para su formación, se aprovechó, el material arenoso que resulta óptimo para dicho objetivo. Ambas cuevas se encuentran en perfectas condiciones, salvo por la erosión natural que sigue alterando la superficie de las paredes.

La cueva principal se denominó «Cueva Ritual», por la presencia de tres gradas sobre una plataforma, resultado de las modificaciones en la arena de la cueva. Según informantes, estas gradas eran acompañadas por un pequeño altar en la parte central, que también fue destruido a causa del saqueo. Las gradas y el altar fueron las últimas modificaciones acuñadas por los huicholes con fines rituales. El abrigo forma un cuarto cónico de dos metros de altura, cuenta con ocho metros de largo por cuatro de ancho y forma una cámara o cuarto con 32 metros cuadrados de



superficie que actualmente es apisonada, del mismo material arenoso tanto de las paredes como gradas, y presenta una capa de sedimento a causa del deslave y la erosión. Estas condiciones impidieron observar y, por tanto, recolectar material prehispánico sobre el piso. A la orilla del acceso de la cueva, ya en la playa, se observan pequeñas elevaciones de arena y algunas rocas basálticas alineadas sobre la superficie, formando rectángulos.

La segunda cueva es de menores dimensiones, pero se encuentra mejor conservada por el acceso limitado que se puede tener a la misma. Se le denomina «Cueva de la Ventanilla» por presentar un orificio en una de las paredes de acceso.

Relacionados con las cuevas se aprecian espacios con organización de piedras que pudiesen ser atracaderos para embarcaciones, así como fueron encontrados materiales con asociación a la caza de aves y a la pesca. El resto de las concavidades se perdieron en su totalidad debido a una intensa exploración del mineral destinado a la construcción hace apenas algunas décadas.

Al sur, existe una acumulación originada por objetos de obsidiana, denominada anteriormente como «Taller de obsidiana» por Phil Weigand y Spence, que ahora reconocemos como Conjunto Especializado de Producción de Desecho (CEP). Este espacio abarca una superficie de 56 mil 400 metros cuadrados. Las áreas de producción artesanal especializada en Mesoamérica, como lo subraya Alejandro Pastrana en la Sierra de las Navajas, muestran es-

pacios habitados por grupos de personas artesanas que realizaron actividades asociadas con cada proceso o cadena de producción que ahí se llevaron a cabo, tales como la adecuación o preparación de la materia prima, la elaboración de los objetos, los materiales implicados en la transformación y posiblemente, el almacenaje.

En el CEP, la organización arquitectónica está compuesta por la preparación de plataformas sobre las seis terrazas que lo conforman, en la que descansan estructuras rectangulares de doce metros de largo por poco más de cuatro metros de ancho, que sirvieron de basamento para construcciones orgánicas del sistema denominado «bajareque». Estas estructuras circundan un amplio patio en donde se realizaron múltiples actividades. El análisis del apisonado —tanto sobre estructuras como sobre los patios— será en el futuro pieza clave para determinar si se trata de un sistema constructivo de piso colado (preparación de distintas tierras y restos culturales triturados) o de un apisonado compactado desde las superficies como producto del mantenimiento constante.

Entre el patio y las estructuras existen huellas de poste, que dan muestra de que el patio fue cubierto parcialmente. Tal como demuestra la distribución de los materiales artefactuales y ecofactuales en los análisis preliminares, las actividades relacionadas con las cadenas de producción, principalmente a la talla de obsidiana, se realizaron en dicho espacio. El empleo de las mismas sucedió también ahí, al igual que otras prácticas que no podemos descartar, dado que contamos con instrumentos de pulimenta (esferas basálticas con pulido), de bruñido (instrumentos líticos pulidos) e hilado (malacates cerámicos).

El análisis macroscópico a más de diez mil piezas de obsidiana permitió determinar que estas, en su mayoría, corresponden a láminas y lascas derivadas de núcleos de obsidiana. El proceso de extracción está completo y en el corpus se contabilizan microláminas, láminas y navajillas; así como las huellas de preparación de los núcleos, tanto de sus aristas como su talón, incluido el rejuvenecimiento o reciclaje de los mismos. De la misma forma, resalta la presencia de artefactos sobre dichas láminas

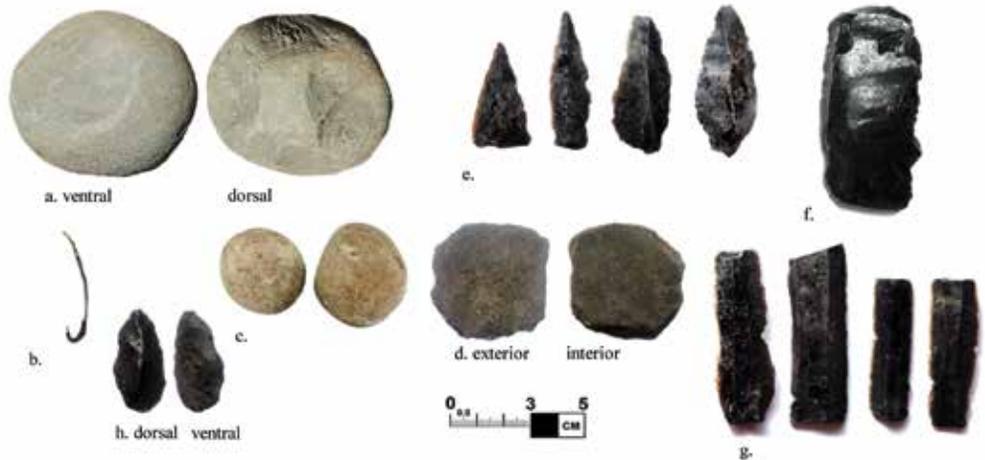
Capítulo III

TÉCNICAS ARQUITECTÓNICAS PREHISPÁNICAS

Una de las técnicas constructivas más antiguas es la de arquitectura a base de tierra. Entre las técnicas sobresale, la del bahareque, bajareque, bareque o fajina la cual consistía construir, generalmente sobre una base de piedra, una vivienda a partir de palos u otates entretejidos y recubiertos de barro. Es una técnica ciento por ciento sustentable por lo que en algunos países la han adaptado nuevamente para edificar residencias.

como son filos útiles, raspadores distales y laterales, buriles, perforadores, posibles cuchillos, escotaduras y algunas puntas; además, se aprovechaban algunas lascas para útiles de corte, buriles, raederas convexas y raspadores.

Las evidencias sobre las estructuras están relacionadas principalmente con el consumo de alimentos; sobresalen, junto dos morteros –uno plano y otro con una serie de pósitos o pocillos— acompañados de manos de metate y material cerámico. Las estructuras se asocian con la presencia de un entierro doble que ya se refirió con anterioridad, de un infante de aproximadamente un año y un individuo adulto, cuya evidencia ornamental y ofrendaria denota la importancia de aquel grupo social.

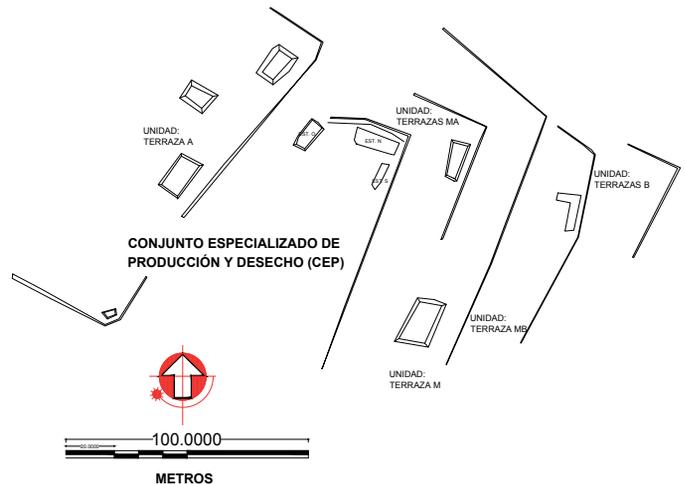


Capítulo IV

Los grupos artesanales en Atitlán. Un reconocido grupo de talladores y tejedores para entrar en la dinámica teconómica regional

Una de las premisas básicas sobre la organización económica de las sociedades prehispánicas es que todas tienen actividades que promueven la cohesión y el mantenimiento de relaciones entre sus vecinos. Conforme crecieron, desarrollaron instituciones que proveían servicios y mantenían una base de interacción interna y externa. En las sociedades complejas de Mesoamérica, las instituciones políticas y religiosas se ocupaban de lo anterior.

Para el investigador Kenneth Hirth, una característica fundamental de las sociedades prehispánicas se encontraba en su estructura económica dual, compuesta por un sector doméstico y uno político. La economía doméstica se centró en las actividades del hogar, con el objetivo de procurar su propio abastecimiento de recursos y en la producción de insumos basada en las necesidades poblacionales, la particularidad de esta estaba en su funcionamiento bajo un esquema conservador, pues se producía solo para el abastecimiento familiar o de un barrio sin generar excedentes significativos. En contraparte, la economía institucional se remitió a la producción y movilización de recursos necesarios para el mantenimiento de las instituciones políticas y religiosas, además de procurar los servicios sociales. Sin embargo, existía una interdependencia entre ambas, ya que la economía política dependía mayoritariamente del trabajo de producción del sector doméstico, mientras que éste dependía, a su vez, de las bases estructurales que le proveía el sector político para el abastecimiento, elaboración y distribución de productos. En este panorama, el abastecimiento de materia prima, la producción y la distribución artesanal resultaron fundamentales. Los palacios, la economía política, las redes y los espacios de intercambio fueron componentes de un sistema económico más amplio, en el cual se



SITIO ARQUEOLÓGICO ISLA DE ATITLÁN
REGISTRO Y LECTURA LIDAR:
LABORATORIO DE ANÁLISIS ESPACIAL Y DIGITAL DEL IIA-UNAM A
CARGO DE GERARDO JIMÉNEZ DELGADO Y JAVIER LÓPEZ MEJÍA.
TRASPOLACIÓN DE REFERENCIAS ARQUEOLÓGICAS:
ERICKA SOFÍA BLANCO MORALES

encontraban íntimamente ligadas la estructura doméstica y la institucional.

Un caso digno de mencionar en este punto es el de la especialización de las redes de intercambio de los artefactos de obsidiana, específicamente, las navajillas prismáticas y otros instrumentos elaborados a partir de los derivados de un núcleo, cuyo detalle de manufactura se explican más adelante. Estos objetos multifuncionales se utilizaban en muchos pueblos antiguos, como utensilio en la actividad doméstica, productiva y ritual. Desde el 150 dC y hasta el 1000/1100 dC, este fenómeno se intensificó y el control de su producción y las redes de intercambio marcaron la pauta para el desarrollo de sociedades como la de quienes levantaron los guachimontones en la región, urbes como Teotihuacán y las sociedades que posteriormente tomarían su lugar, tal cual lo hicieron los toltecas, cultura del Centro que integró la red antes descrita como Aztlán. En estos y otros escenarios existió un tipo de comercio que prevaleció y caracterizó la economía mesoamericana: el

Capítulo IV

comercio realizado por artesanos itinerantes. Hirth establece la participación intrínseca entre las instituciones y el trabajo artesanal, dentro de un modelo organizado en diferentes estrategias de abastecimiento que utilizaron los artesanos de obsidiana en el Centro de México. Así, quienes manufacturaban, artesanos y artesanas fueron tan importantes para el sistema como los comerciantes de productos terminados y materias primas.

Según el modelo de Hirth, podemos dividir a los ar-



tesanos en grupos de acuerdo con el método de abastecimiento de materias primas y el modo de distribuir sus productos terminados. De este modo, hubo personas artesanas independientes que se abastecían directamente de los yacimientos, manufacturaban a escala menor para abastecer sus necesidades familiares y las de un grupo reducido de su comunidad. Otro grupo lo representan aquellas personas artesanas que se abastecían de materia prima para manufacturar a escala familiar o local, utilizando los medios corporativos como tianguis y otros mercados (redes, días de fiesta, etcétera) para la distribución de sus productos; este grupo podría o no emplear los mismos medios para intercambiar esporádicamente objetos que hubiesen manufacturado para otros grupos. El grupo de los y las artesanas itinerantes corresponde al de las personas que se abastecen por sí mismas de materia prima durante sus viajes, costeando su recorrido con el mismo intercambio y logrando así obtener bienes de lugares lejanos que los pondrían en venta ante otros comerciantes. Por otro lado, estaban los grupos de gente artesana que prefería el abastecimiento de materia prima con comerciantes

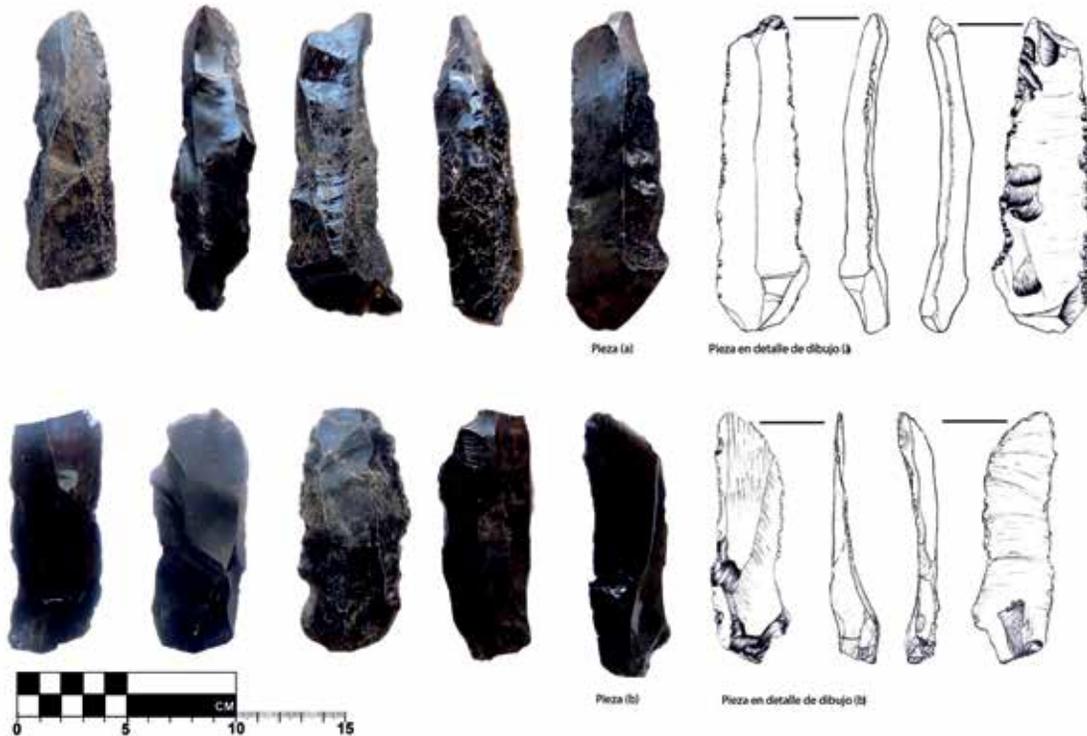
especializados, es decir, aquellas personas que no son artesanas, pero abastecen de materia prima de calidad confiable. En esta dinámica también estaban los grupos de trabajo artesanal y abastecedores de materia prima corporativos, que son aquellos que trabajan en lugares específicos o barrios de artesanos que abastecen de productos manufacturados y materia prima, tanto al grupo corporativo y administrativo como a los comerciantes en mayor escala que interactúan en las redes de intercambio fortalecidas y gestionadas por las instituciones de los diversos grupos. El lugar de abastecimiento de materia prima estaba generalmente regulado por estos grupos al igual que la manufactura.

Con este esquema, es fácil entender la dinámica de la red Aztatlán y el papel que jugaron quienes habitaron en el CEP de la Isla de Atitlán. Las evidencias que se tienen, producto de las exploraciones realizadas en el conjunto MA —que consta de tres estructuras excavadas y un patio—, así como los análisis minuciosos realizados, dan testimonio de un grupo organizado, quizá por diversas familias, que destinaron su trabajo contante en la manufactura de diversos objetos entre los que destacan los instrumentos de obsidiana los cuales, además de intercambiarlos en la red, les sirvieron para manufacturar otros productos parte del comercio.

Las actividades que estos grupos corporativos desarrollaron en ese espacio las podemos dividir en tres y las describiremos con base en los resultados de las investigaciones realizadas. Cabe mencionar que, además de los métodos de análisis que brevemente fueron mencionados en el Capítulo II de este documento, se aprovecharon otras técnicas basadas en ciencias de la tierra para lograr aún más precisión.

Actividades productivas y obtención de materia prima

En 1986, el investigador John Clark estableció un conjunto de nueve aspectos para considerar un espacio como taller en Mesoamérica: 1) que exista un área limitada de producción demarcada por la acumulación de materiales; 2) la presencia de ma-



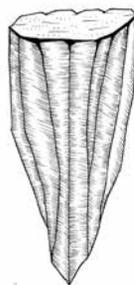
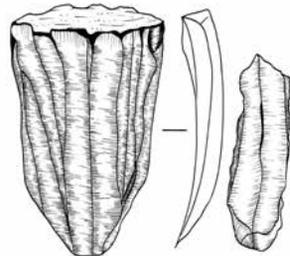
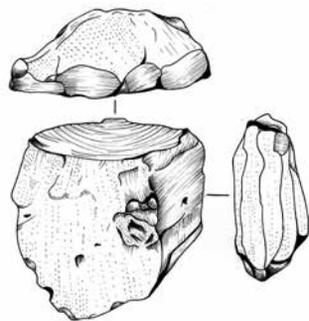
teriales, errores de producción y fragmentos de los objetos producidos; 3) presencia de desechos de buena calidad; 4) el hallazgo de instrumentos implicados en el proceso de producción; 5) encontrar desechos que correspondan a las etapas del proceso de producción, así como objetos en proceso o fracturados; 6) detectar un número de artefactos terminados limitado; 7) que estos artefactos terminados se encuentren sin presencia de huellas de uso; 8) encontrar un alto porcentaje materias primas agotados; y, finalmente, 9) que existan desechos provenientes de una misma fuente de materia prima.

Las evidencias en el patio explorado de la terraza que se denominó MA permiten establecer que ahí se llevaron a cabo varios procesos de producción entre los que destacan la elaboración de instrumentos a partir de la talla de un núcleo de obsidiana los cuales, a diferencia de lo que indica Clark, sí presentan huellas de uso y restos de plantas y fibras en sus bordes. Esto se explica por el hecho de que las actividades productivas que ahí tuvieron lugar no responden a una sola cadena de producción sino a la de la elaboración de varios productos de los cuales, debido a su

naturaleza no precedera, los materiales con mayor frecuencia de aparición son los relacionados con el proceso de manufactura de instrumentos de obsidiana. Estos incluyen desechos de talla, derivados del proceso, utensilios utilizados para la talla como percutores y piedras pulidoras de talón, así como los productos finales: raspadores, raederas, navajas y cuchillos, entre otros. Pero, ¿en qué consiste el proceso de talla? Pues bien, presenta una técnica de reducción del volumen de la materia prima lítica, en este caso de un vidrio volcánico, por medio de percusión y presión en el caso de la talla; y mediante abrasión, pulido y bruñido en el caso del pulido.

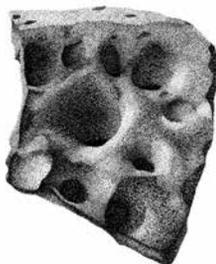
Por las características de los objetos, la materia prima llegaba a la isla en forma de nódulos o bloques previamente seleccionados ya que, como se explicará más adelante, pese a que la isla en sí misma es un yacimiento de obsidiana, el material no tiene las características para realizar el proceso que a continuación se explica, por lo que quienes ahí laboraron aprovecharon mecanismos de distribución y traslado para proveerse de materia prima óptima. Una vez que contaban con el nódulo, trabajaron en

Capítulo IV



preparar el núcleo de extracción, para ello, desprendieron una lasca mediante la percusión hasta obtener un objeto circular que emplearían como talón; el talón o base también requiere de preparación para la adecuada extracción de láminas y lascas, ya que este es el instrumento que recibe el golpe directo o indirecto para obtener las preformas sobre las cuales se trabajaron los instrumentos finales. Para su preparación se emplearon pulidores de basalto y percutores que generaban un terminado de picoteado, el cual les facilitaría la extracción al golpe y presión. A partir de ese momento, empezaban los desprendimientos, de los cuales se obtendrán primero láminas y lascas gruesas, con cara regular, que se trabajarían hasta lograr delgadas y alargada láminas, además de un núcleo poliédrico listo para una extracción más fina de la cual, finalmente, se extraerían navajillas prismáticas, es decir, instrumentos delgados y finos con laterales sumamente afilados.

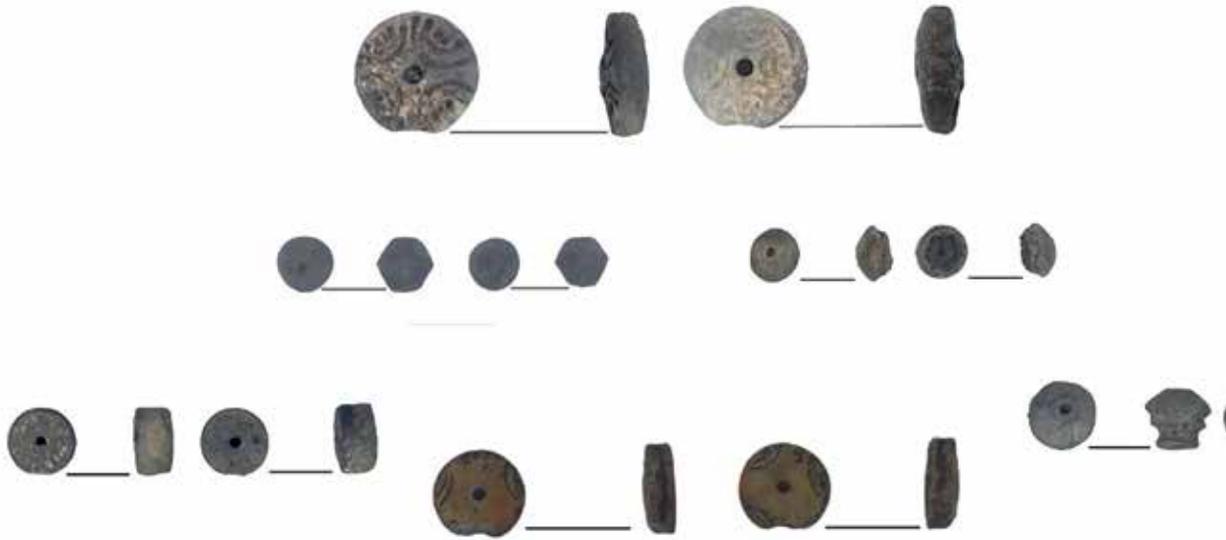
Lo interesante del proceso es que la producción ahí estuvo totalmente optimizada. Si bien hay investigadores que consideran que el fin último de quienes tallaban núcleos de obsidiana era preparar los núcleos para posteriormente extraer los instrumentos de corte finos descritos, el CEP muestra que en realidad todos los derivados eran esperados por la gente artesana ya que se encontraron piezas alargadas, circulares, ovaladas o irregulares que formaron objetos diversos como raspadores, raederas, navajas, cuchillos y múltiples instrumentos útiles. Cabe mencionar que en esta industria optimizada no se trabajaron al mismo nivel los objetos bifaciales y tecnología de puntas de



proyectil, ya que la presencia de este tipo de objetos es mínima.

La poca frecuencia de navajillas prismáticas y núcleos poliédricos para su extracción indica que seguramente se trasladaban y eran parte de los objetos intercambiables en la red, junto con otros productos que también ahí se manufacturaron. El núcleo, listo para la extracción, era preciado ya que quien lo obtenía podría extraer navajillas en su propio hogar. De los instrumentos que quedaron en el espacio, y que también fueron empleados a gran escala en la manufactura de otros objetos, se encontraron macroraspadores circulares y rectangulares, raederas, raspadores de lengua navajas y cuchillos de bordes paralelos.

En cuanto al uso de los objetos, la mayoría presentan astillamientos y estrías por el desgaste y retoque de sus bordes que se pueden apreciar macroscópicamente, lo que también se confirmó con el uso de la microscopía. Para definir el uso a nivel macroscópico, como el arqueólogo Felipe Bate sugiere, se consideraron cualidades relati-



vas a las cicatrices, encontradas por el uso del borde vivo, así como aquellas relacionadas con el trazo de las estrías por el desgaste, tales como extensión, delineación e inclinación. A partir de esas cualidades se subdividieron los atributos que nos aproximaron a su función como el ángulo de la zona activa, la arista de contacto o de trabajo, la forma de aplicar la fuerza del instrumento ante la materia trabajada y los principales movimientos, tanto longitudinales como transversales. Para confirmar el empleo de los artefactos fue necesario realizar un análisis de huellas de uso de base microscópica, el cual tuvo como objetivo la observación y registro de micropulidos. Este rasgo puede ser indicador diagnóstico del material trabajado y ha sido ampliamente estudiado por varios especialistas en el mundo. Los micropulidos implican una modificación general de la superficie definida por criterios microtopográficos (como brillo y regularidad superficial), distribución, extensión, presencia de características particulares y los atributos de las estrías asociadas. Sin embargo, las formas particulares de huellas de uso no se estudian de forma aislada, sino en combinación con otros rasgos –por ejemplo, residuos– y otros atributos, como el diseño del instrumento, microlasqueos y el contexto arqueológico sumado a un programa experimental.

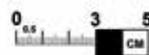
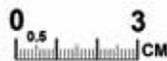
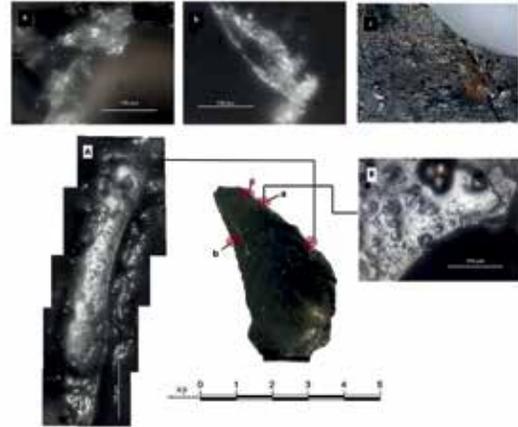
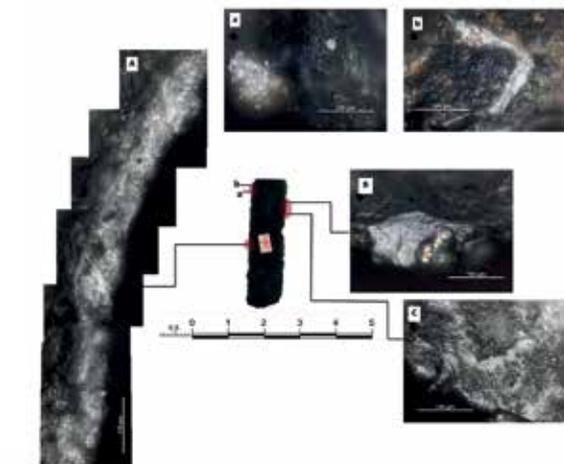
En México han sido pocas las investigaciones interesadas en la caracterización funcional de los conjuntos



líticos, a pesar del rol decisivo de este método de trabajo para el reconocimiento de una gran variedad de actividades en el pasado. De esta forma, el procesamiento de recursos vegetales y maderables, el destazamiento de fauna o el trabajo con piel, son algunos de los procesos productivos que dependieron, en mayor o menor medida, del uso de objetos líticos y que solo pueden ser identificados en el registro arqueológico por este tipo de análisis, cuya única limitante es la del reconocimiento de la especie específica.

El análisis funcional se dividió en dos partes. La primera parte consistió en la elaboración de réplicas y su desgaste experimental. La segunda parte consistió en la observación microscópica de los materiales arqueológicos. Para el trabajo experimental se utilizó obsidiana y para su desgaste de recursos similares recuperados en contextos arqueológicos, tanto vegetales (maguey, pasto, carrizos) como de fauna (hueso y carne), registrando si se trataba de un material duro o suave. Para el análisis de base

Capítulo IV



microscópica se registraron los micropulidos a 200x y 100x (aumentos ópticos). Los resultados indican principalmente actividades de corte y raspado. Además, se observaron micropulidos asociados con el trabajo de recursos vegetales, así como algunos microrresiduos resultados de esta actividad. Por lo que sabemos, existen al menos dos cadenas operativas adicionales que se realizaron en el lugar, mismas que implicaron la manipulación de plantas y tallos para obtener el producto final. Esto se refuerza con la presencia en el espacio de otros objetos que servirían como instrumentos útiles para tales efectos, como las piedras petateras y pulidores. Sin embargo, las cadenas productivas no están completas si no se hace referencia a la obtención de materias primas. En ese sentido, si bien se refirió en líneas anteriores a un espacio externo, antes de pasar a los siguientes tipos de actividades realizadas en el CEP, es momento de tratar sobre las fuentes de abastecimiento y las posibles mecánicas de obtención. Para tales fines fue importante la consulta de yacimientos ya identificados en la región, los cuales –según los trabajos del arqueólogo Rodrigo Esparza López– suman 53. De estos, los que probablemente abastecieron al CEP, por la cercanía y las colorimetrías encontradas, resultaron cinco. Para establecer con mayor precisión cuáles fueron parte de este proceso, se realizó de forma imprescindible una toma de muestras sistemática, incluida la que tenía presencia en la isla de forma natural, para el reconocimiento del elemento traza de los flujos de obsidiana, ya que esa traza funciona como huella digital, es irrepetible y podría

finalmente identificar la procedencia de los artefactos presentes en el área de producción CEP.

Así, el conocimiento de procedencia y composición se realizó con la lectura de fluorescencia de rayos X, mediante sondas portátiles (pXRF), una técnica útil debido que es un análisis confiable, no destructivo y de un costo relativamente bajo para realizar los estudios, mientras que los análisis de Microscopio Electrónico de Barrido (MEB-EDS), por su parte, fueron un instrumento destinado a estudiar las estructuras atómicas y la composición elemental, para obtener un espectro de elementos químicos de los cuales está formada la muestra. Los resultados se dan en porcentaje de peso atómico y en porcentaje de número de elementos de los cuales está formada la muestra analizada. El campo de aplicación se ha ido extendiendo y algunas aplicaciones actuales incluyen la caracterización morfológica y analítica superficial de materiales diversos, procesos de difusión, segregación, análisis de fallas, control de calidad, irregularidades de piezas fabricadas en cadena, etcétera. En este caso, el análisis composicional mediante MEB-EDS es de menor utilidad debido a su baja sensibilidad a elementos traza; sin embargo, permitió generar imágenes de alta resolución de la superficie en los materiales analizados y su alcance hasta los 600 mil aumentos.

Con la aplicación de dichas técnicas de análisis se pudieron determinar tres hechos fundamentales:

- La isla es un yacimiento de obsidiana, sin embargo, por las características porosas es imposible realizar el tipo de talla que se estaba llevando a cabo en el CEP.
- A pesar de eso, existe la posibilidad de encontrar alguna pieza hecha con este material en las inmediaciones del CEP y otros espacios ocupados en la isla; no obstante, piezas así no estarían relacionadas con las actividades especializadas que ahí tuvieron lugar.
- Por último, el yacimiento principal, aunque no se pueda descartar como el único, fue el conocido como La Joya, ubicado al noreste de la cuenca, en el actual municipio de Magdalena.

De estas conclusiones podemos establecer que el sistema implicó el abastecimiento a través de co-



Capítulo IV



merciantes especializados, quienes debieron trasladarse a través de las aguas del cuerpo acuífero para distribuir la materia prima.

Actividades cotidianas y de sustento

Una de las necesidades básicas de los seres humanos es la alimentación. Nuestra dieta omnívora

requiere productos tanto vegetales como animales. Sin embargo, a lo largo de la historia, los seres humanos hemos modificado a nuestros gustos y necesidades para hacerlas dependientes de los recursos con que contamos en el entorno para poder vivir, a lo anterior se le conoce como «domesticación». Durante la transición del nomadismo (vivir en varios lugares) al sedentarismo (vivir en un solo lugar), las plantas fueron transformadas junto con las sociedades, porque a las personas no solo les interesaba que pudieran sembrar sus vegetales en cualquier lugar, sino que tuvieran también características o propiedades relacionadas con su forma de pensar, sentir y probar el mundo, por lo cual se cambiaron sus formas, tamaños, colores y sabores.

Durante las exploraciones del CEP, específicamente en la estructura norte (EN) llamó la atención el hallazgo de diversos objetos para la preparación de alimentos, en específico, de un mortero convencional, un mortero con pocillos, manos de metates y fragmentos cerámicos de objetos para el consumo de alimentos. Sin embargo, no basta con esos materiales, para acceder a la información arqueológica. Para confirmar la teoría se efectúa una técnica sistemática de muestreos, al interior de los objetos, que se apoya de técnicas y metodologías de otras ciencias —química, biología y física— para la identificación de residuos. En el caso específico de este contexto se empleó la técnica conocida como «Extracción de almidones», así como la de identificación de frotolitos y polen, para obtener información sobre el uso y consumo de los vegetales en el pasado).

Los gránulos de almidón son azúcares (glucosa), empaquetados y enrollados dentro de las células vegetales, para brindarle energía a las plantas durante su desarrollo. Afortunadamente, los almidones son característicos en las distintas especies, por lo que podemos diferenciar un almidón de maíz de uno de frijol, por ejemplo. Para poder distinguirlos necesitamos crear colecciones de referencia, (extraer gránulos y caracterizarlos morfológicamente) de las semillas, de los frutos, de los tallos y hojas de las plantas de interés. Teniendo las colecciones de referencia con plantas actuales, podemos iden-



tificar los gránulos de almidón extraídos en los distintos contextos arqueológicos, pudiendo así, inferir cómo fueron procesados y consumidos. Es importante señalar que en la superficie de los almidones quedan huellas de cómo fueron procesados por las personas, es decir, si fueron hervidos en agua, fermentados, calentados o molidos.

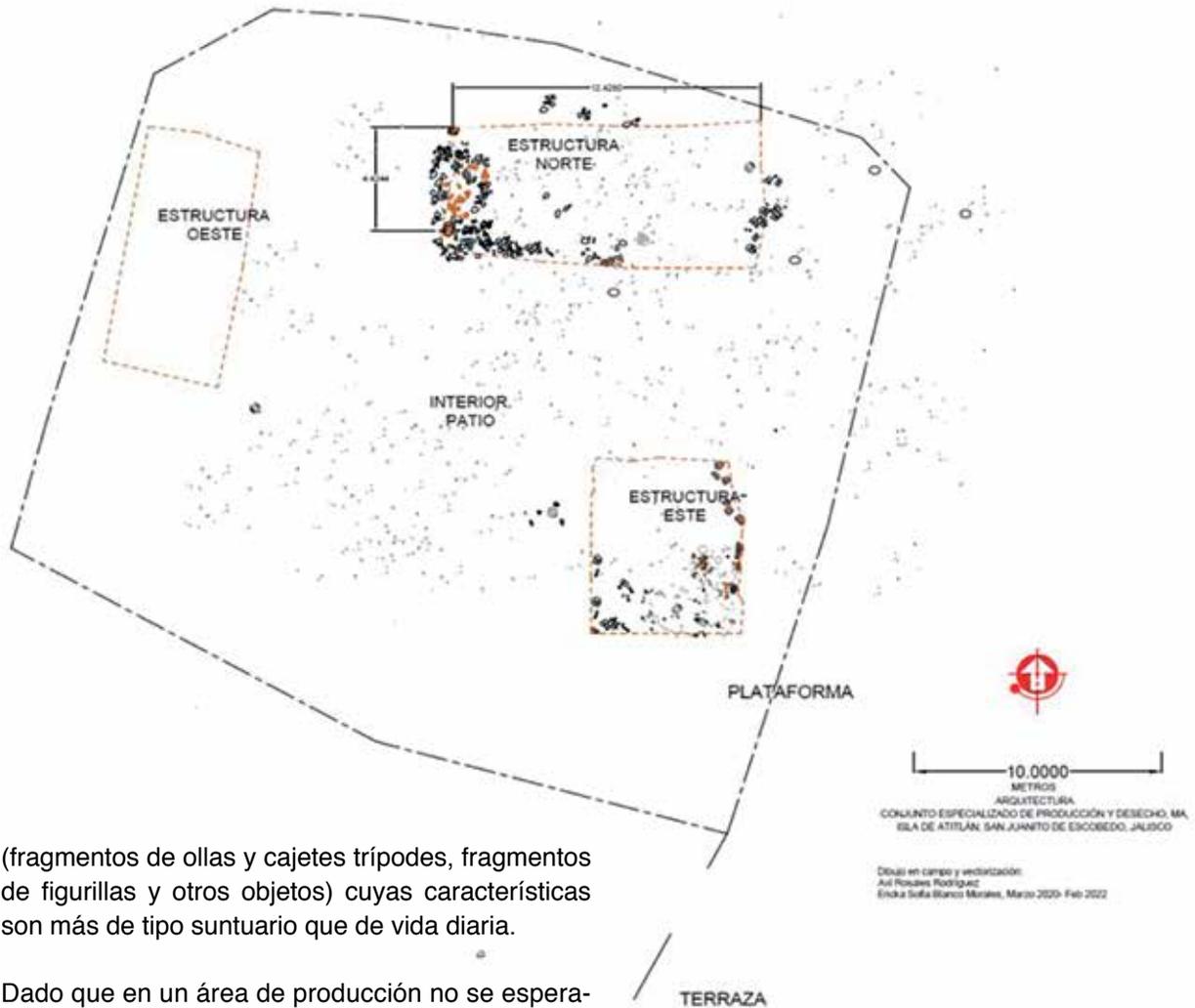
Con estas técnicas fue posible identificar actividades de consumo y hábitos alimenticios. Sobre salen, por ejemplo, el procesamiento y consumo de Amarantho, de maíz (*Zea mays ssp mays*) hervido, de chile (*Capsicum sp*), de mezquite (*Prosopis sp*),

de camote (*Ipomoea batatas*) y de otros tubérculos (*Dioscorea sp* y *Canna sp*).

Actividades rituales

Algunos vestigios que aluden a actividades rituales realizadas por el grupo especializado en el trabajo artesanal que habitó el conjunto fueron encontrados entre la estructura este (EE) y la pendiente de la terraza sobre la que se construyó el conjunto MA. Se trata del multicitado entierro múltiple, con la presencia de un cuerpo infantil y uno adulto, acompañado de la acumulación de materiales cerámicos

Capítulo IV

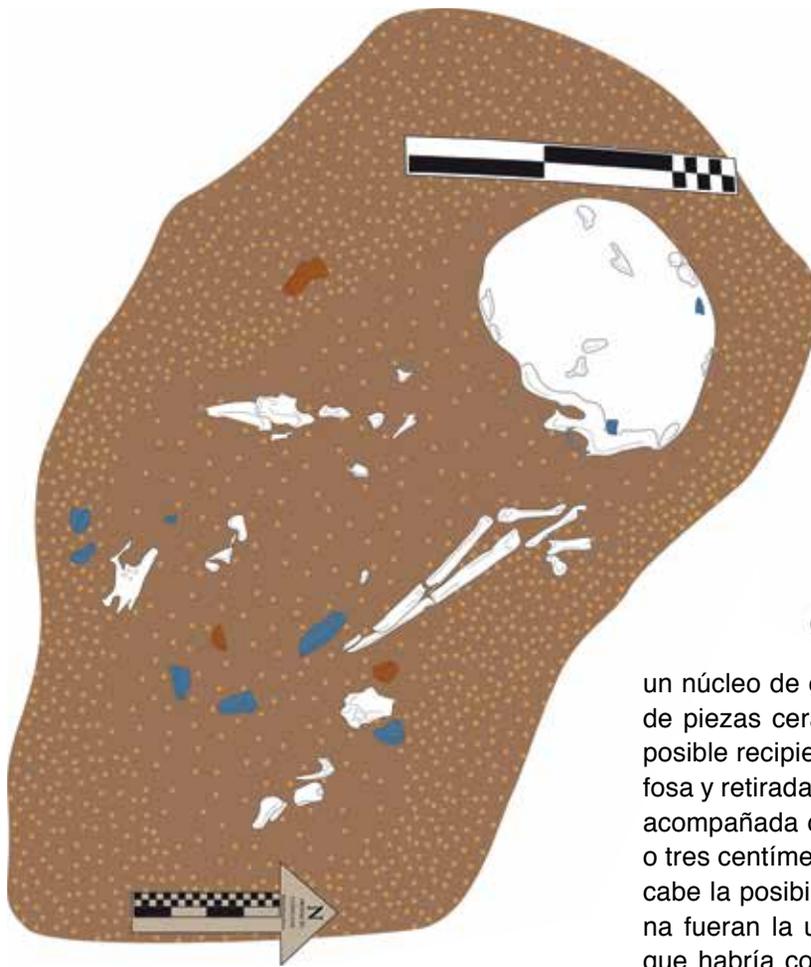


(fragmentos de ollas y cajetes trípodes, fragmentos de figurillas y otros objetos) cuyas características son más de tipo suntuario que de vida diaria.

Dado que en un área de producción no se esperaba un hallazgo similar, este contexto abrió muchas interrogantes respecto al papel del grupo dentro de la estructura social, pero resolvió otras sobre la permanencia del grupo y confirmó una organización en la cual se involucraba por igual a niños y adultos, por lo cual es posible que se tratara de grupos familiares, aunque eso aún debe confirmarse mediante el análisis de ADN.

Sobre el entierro podemos decir que el individuo adulto pertenece al género masculino, con aproximadamente 25 a 28 años de edad. Este se encontró en posición decúbito lateral izquierdo hiperflexionado (posición fetal), con la cabeza hacia el noroeste y el cuerpo recostado hacia el noreste. La hiperflexión de las extremidades sugiere que el cuerpo fue fuertemente amarrado dentro de un bulto o petate. Posiblemente se trata de un entie-

rrero primario, es decir un único evento. Como ornato presentó argollas de cobre, mutilación dentaria en los incisivos, fragmentos de cerámica y una pequeña punta de proyectil monofacial. La ornamenta de cobre consistió en dos argollas de uno a dos centímetros de diámetro. El estado de conservación de los restos óseos fue diferencial, ya que las costillas y vértebras eran prácticamente imposibles de extraer; en cambio, huesos como las falanges (dedos) estaban en un relativo buen estado, lo que permitió la extracción de huesos largos fragmentados de las extremidades superiores e inferiores. Al retirar la osamenta se encontró una «cama» de objetos de obsidiana, parte del contexto fúnebre, cuyo análisis aún está en proceso. Para precisar, esa «cama» estaba compuesta con miles de objetos de obsidiana producto de la talla, mismos que no presentan alte-



Simbología

- Residuos de obsidiana
 - Residuos de cerámica
 - Restos óseos
 - Fosa excavada en temporada noviembre 2021
- Digitalización: Axl Rosales



DINAMICAS ECONÓMICAS EN LA CUENCA DE MAGDALENA, JALISCO
CEP, SITIO ARQUEOLÓGICO ISLA DE ATITLÁN, SAN JUANITO DE ESCOBEDO

ración en los bordes laterales por lo cual, presuntamente, sabemos que no fueron empleadas.

Asociado a la fosa se encontró una concentración de ollas de cerámica que colapsaron, las cuales pudieron haber estado en su posición original sobre la banqueta de la estructura, así como un anzuelo de metal. Con lo anterior podemos interpretar que en la ceremonia fúnebre participaron personas que integran el grupo de artesanos quienes, como despedida, formaron el lecho de muerte con esa «cama» de obsidiana al adulto y depositaron al infante en una olla de cerámica, como urna fúnebre. Aunque ambos entierros, el del infante y el del individuo adulto, sucedieron el mismo momento, no podemos determinar la razón de su muerte y ni si uno u otro fuesen ofrendados al contexto. El infante se descubrió por su ofrenda, conformada por ocho láminas de obsidiana junto con

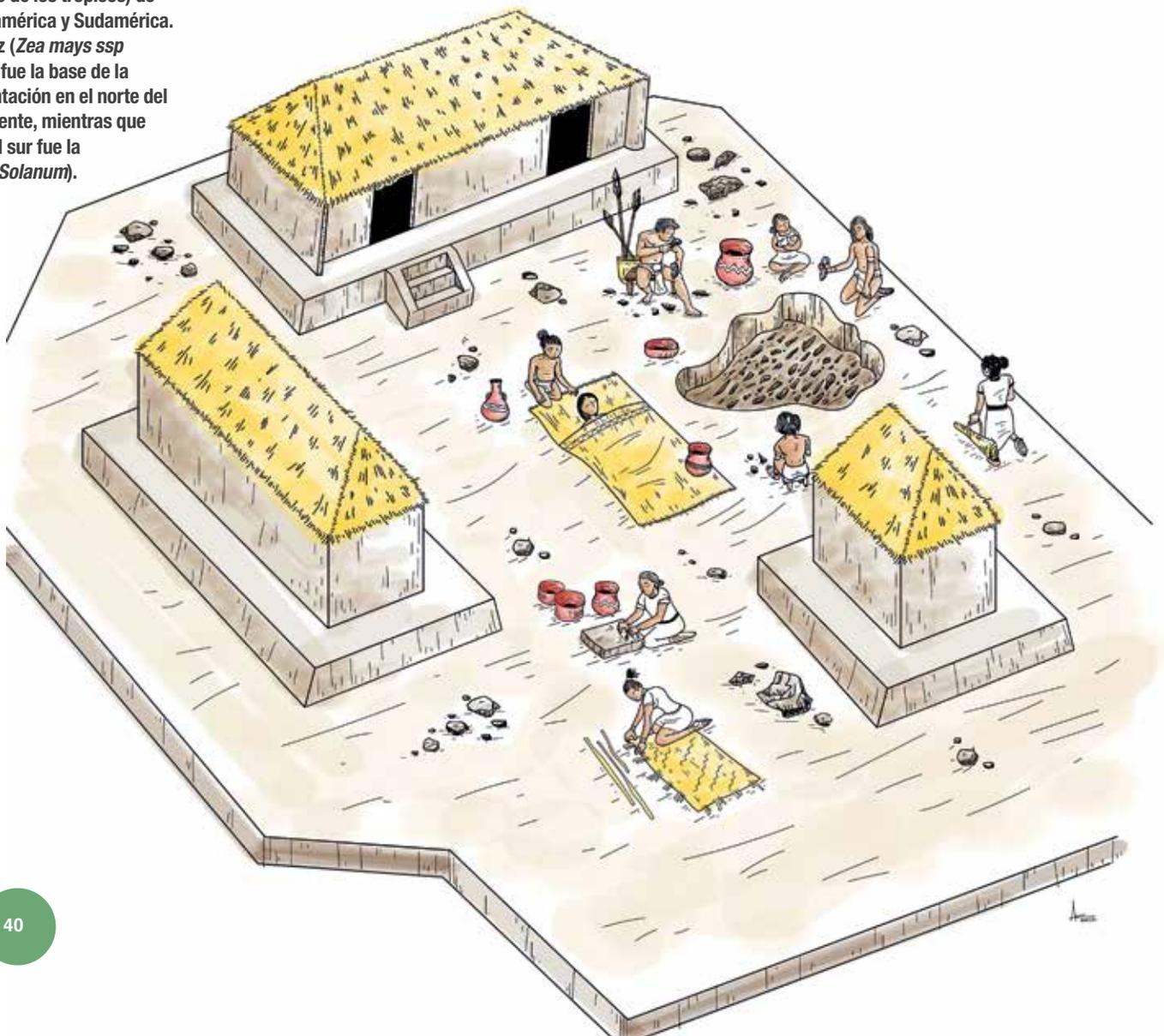
un núcleo de extracción, restos de fauna y tiestos de piezas cerámicas entre las cuales destacó un posible recipiente miniatura. Una vez delimitada la fosa y retirada la ofrenda, se encontró la osamenta acompañada de restos de una olla globular a dos o tres centímetros de profundidad. Por la posición, cabe la posibilidad de que las láminas de obsidiana fueran la urna donde se depositó al infante y que habría colapsado poco después de su entierro. Entre los ornatos destacaron una cuenta de piedra verde, posiblemente chalchihuite, y un instrumento de obsidiana elaborado con base en una lámina de bordes retocados, cuyo objeto parece ser el de darle uso a sus filos.

Antes de pasar al siguiente capítulo, es importante hacer hincapié sobre los hechos principales en cuanto a organización, uso de espacios y actividades que tuvieron lugar en el CEP. Los y las artesanas que ahí laboraron lo hicieron de manera constante y especializada. Es probable que, dentro de las seis terrazas que conforman el complejo, hubieran trabajado grupos familiares de artesanas y artesanos en los que participaron todos los miembros. En cada conjunto ocupado se manufacturaron instrumentos de obsidiana mediante la talla con el fin de obtener objetos de intercambio a gran escala como núcleos preparados para la extracción de navajillas prismáticas de

Los cereales (*poaceas*) son base en la alimentación de todas las culturas del mundo. En el continente asiático, por ejemplo, el arroz es el platillo principal de la dieta; en África, el sorgo; en Medio Oriente y Europa, el trigo, la cebada y la avena son los alimentos más importantes; y en América, el maíz es el granador de vida. En el caso específico de este último continente, hay dos zonas importantes en donde se domesticaron plantas y animales, para dar surgimiento a la agricultura (cultivo, casi en su totalidad, de vegetales domesticados): las áreas tropicales (dentro de los trópicos) de Norteamérica y Sudamérica. El maíz (*Zea mays ssp mays*) fue la base de la alimentación en el norte del continente, mientras que para el sur fue la papa (*Solanum*).

alta demanda entre quienes integraron la red Aztatlán. El trabajo era especializado. Optimizaron sus recursos usando lascas y láminas derivadas del proceso, las cuales seleccionaron para realizar múltiples instrumentos que les sirvieran para cortar, raspar a raer plantas y tallos. La presencia de instrumentos relacionados con otras cadenas operativas —como piedras petateras, pulidores y malacates— nos aproxima a reconocer los otros objetos que se manufacturaron a gran escala en los espacios y que por su característica perecedera no se localizan dentro del registro arqueológico. Por su parte, la constancia de sus actividades implicó permanecer ahí por largos periodos de tiempo, prácticamente habitar el lugar, razón por la cual, además de sus actividades productivas realizaron prácticas de vida diaria para satisfacer sus propias necesidades de consumo de alimentos y objetos para otros usos, así como actividades rituales que denotan la importancia de las actividades que realizaron las personas que ahí laboraron.

La isla, como espacio fundamental para interactuar en redes de comercio complejas como la Aztatlán, requirió de una instrumentación organizativa que garantizara materias primas óptimas para el desarrollo de las actividades, la incorporación a la red de comercio y conseguir el objetivo de mantenerse en ella, así como espacios públicos que favorecieran el intercambio y la retribución.



Capítulo V

Los herederos de la vida lacustre. Testimonios de la vida en Atlitic. Relación del ser humano con el lago, la obtención de recursos y el tejido de petates

Hasta ahora, en el recorrido de este texto, se han presentado los datos arqueológicos e históricos en el sitio la Isla de Atitlán que muestran evidencias para inferir el uso de los espacios en donde los grupos poblacionales, asentados desde siglos atrás, desarrollaron actividades político, económicas, religiosas y de subsistencia. Pero, ¿cómo se relacionó el ser humano con este medio en los últimos siglos? Si bien, el cuerpo de agua de Magdalena se perdió en su totalidad en la década de los treinta del siglo pasado, ahora en el siglo XXI podemos considerar que las actividades relacionadas con el medio lacustre sobreviven gracias a los canales, que continúan drenando el cuerpo principal y depositando el excedente de agua en la Laguna Colorada.

En Atlitic, hoy San Juanito de Escobedo, el recuerdo de la vida con el agua se mantiene presente en aquellas personas que vivieron su niñez y parte de su juventud ligados al lago principal. En este capítulo, se presentan los testimonios de personas de la comunidad que ayudan a reconocer aquellas prácticas culturales relacionadas con los aspectos primordiales de ese modo de vida: la obtención de alimentos y la producción artesanal. Gracias a sus argumentos se pudieron reconocer remanentes del legado prehispánico tales como el cultivo del huerto familiar, «La milpa», que les garantizó una dieta equilibrada, la cual complementaron con los derivados de animales de corral y los recursos del lago, así como otros datos referentes a la vida diaria y actividades económicas.

Las entrevistas

Las herramientas básicas que se utilizaron fueron entrevistas abiertas interpersonales escritas, combinadas con grabaciones de video y de voz. Al hacer la transcripción, se dio prioridad a los datos en los que

coincidieron la mayoría de los entrevistados, aunque en las citas textuales se utilizan ideas, calificativos o percepciones individuales. El ejercicio se realizó en dos temporadas. La primera se ejecutó entre 2013 y 2014, fueron entrevistados seis adultos mayores entre los 60 y 102 años de edad. Entre ellos participaron el entonces cronista municipal, José Antonio Domínguez; Ramona Pacheco Delgado, integrante de una de las más reconocidas familias de petateros; María Ruiz Hernández, mejor conocida por el sobre-



Capítulo V



nombre ‘María La Estrella’, quien en ese momento tenía la edad de 102 años y era la mujer más longeva de San Juanito de Escobedo; Carlos García Delgado; y José Cruz Hernández Figueroa, quien apenas vivió una pequeña parte de su niñez con la laguna, por lo que sus narraciones se basan en los relatos de sus padres y recuerdos de la infancia.

El segundo periodo de entrevistas se realizó entre los años 2021 y 2022, con el objetivo adicional de producir un documental. Fueron entrevistadas seis personas entre los 50 y 95 años, entre las cuales participaron el hijo del ahora fallecido cronista, Cuauhtémoc Domínguez, quien ahora tiene la misma función de su padre; María Riestra García, miembro del Patronato para la Conservación de Sitios Arqueológicos Atitlán, AC; Javier García Godínez, Oriundo de San Juanito y quien perpetúa en su memoria la solicitud por parte de las mujeres para evitar la desecación del lago; Teódulo Montes Meza, quien recuerda de muy pequeño la vida familiar; y Enrique Pacheco y su hermana, la anteriormente entrevistada, Ramona Pacheco Delgado, quienes llegaron al pueblo poco antes de la desecación.

Para configurar un panorama acerca de la última década del siglo XIX y del inicio del siglo XX hasta la desecación total del cuerpo acuífero, se pidió a los entrevistados que se concentraran en los momentos próximos a la desecación. Las entrevistas giraron en torno a cinco preguntas: 1) ¿Cómo recuerdan a la Laguna de Magdalena?, 2) ¿Cómo era el pueblo cuando existía el lago?, 3) ¿Cuáles eran los alimentos que consumían?, 4) ¿Cuáles eran las prácticas artesanales?, y 5) ¿Qué actividades se realizaban en Atitlán (La Otra Banda)? Finalizando con la concepción personal de la vida en aquella época.

Los testimonios

Según las descripciones de los entrevistados y algunos registros fotográficos que resguardan el archivo del cronista y la Casa de la Cultura del Ayuntamiento, se sabe que las calles de San Juanito de Escobedo, en aquel momento, eran de tierra y que las transitaban caballos, burros y rústicas carretas. Las casas se construían sobre cimientos de piedra con muros de adobe, mientras que los techos eran de zacate o tule, que con el tiempo fueron sustituyendo por teja. Todas contaban con un amplio traspatio (corral) en donde se resguardaban aves de corral, borregos o chivos. Este espacio servía también de huerto, para el cultivo de legumbres de consumo doméstico y de la típica milpa mesoamericana que consta de maíz, frijol, calabaza, jitomate y diversos tipos de chile. Los productos cultivados junto con los derivados del cuidado de animales de corral y los recursos que abastecían directamente del lago complementaban la dieta.

«La laguna de San Juanito», como prefirió llamarla la señora Ruiz, era concebida como un medio para subsistir. De esta podía obtenerse una amplia gama de recursos comestibles y útiles para la industria, además de servir como zona de paseo y recreación. Sus límites rebasaban a los del asentamiento actual, pues llegaba hasta un borde en donde actualmente se establece la escuela primaria Hesiquio Rentería, sitio en donde se encontraba el embarcadero. La manera de trasladarse por el lago era utilizando canoas elaboradas con madera, las cuales movilizaban con remos o palancas. Esto facilitaba la comunicación entre San Juanito y los pueblos vecinos del oeste (San Pedro, la Mazata, La Estancia de Ayones y la poblada isla de Santiaguito), del norte (Magdalena y



La Joya) y del suroeste (Etzatlán). En tierra firme, la gente utilizaba caballos o burros. Según Jesús Hernández, los locatarios ofrecían a los extranjeros un paseo por la laguna a cambio de una remuneración económica. Dicho paseo incluía la zona de las 12 cuevas, en la Isla de Atitlán, las cuales según recuerda sumaban entonces más de diez y se encontraban en mejores condiciones.

La Otra Banda era un lugar de descanso, desde San Juanito de Escobedo se veía adornado por plantas de tule que crecían a sus orillas. Los entrevistados de edad más avanzada, como 'María La Estrella', el señor Domínguez, la señora Ruiz y los hermanos Pacheco, recuerdan una casa en la punta elevada a la que era común ir a pasar un día de campo familiar, que podía extenderse hasta la noche. Siempre estuvieron en el entendido de que era un lugar donde vivían «los indios», exiliados por los españoles hacia Magdalena y San Juanito de Escobedo, en ese entonces Atlitic. Es probable que las ruinas en las que coinciden los informantes se refieran a los restos de una capilla en honor a San Juan, construida por los españoles sobre una estructura prehispánica a la que se le denominó de la misma manera y hoy confirma lo que arqueológicamente denominamos como La Ciudadela.

En combinación con la agricultura extensiva, de traspatio y ganadería, las actividades de abastecimiento de recursos relacionados directamente con



el medio lacustre eran la caza, la pesca y la recolección. La caza consistía en la captura de aves, animales semiacuáticos y animales terrestres. Los recursos comunes que obtenían de esta práctica eran garzas (*Ardea alba*), huilotas (*Zenaida macroura*), patos (*Anas acuata*), gallaretas (*Fulica Americana*), nutrias (*Lontra longicaudis*), conejos (especie no identificada), venados (*Odocoileus virginianus*), armadillos (*Dasyus novemcinctus*), tlacuaches (*Didelphis virginiana*), roedores y gatos monteses.

La pesca les permitía obtener principalmente carpas (*Cyprinidae*), mojarra, pez blanco, charal, ranas y culebras. La práctica se llevaba a cabo con redes y, en menor medida, con el uso de las manos, tomando a sus presas una vez que se atrinchaban entre las piedras de las zonas menos profundas. El medio permitió la recolección de plantas,

Capítulo V

frutos y hueva de pescado y aves; entre estos recursos estaban también disponibles plantas acuáticas sumergidas, como algas, y expuestas, como el tule boludo (*Schoenopletus tabernaemontani*) y el tule ancho (*Typha latifolia*), así como los huevos de gallareta que se utilizaban para consumo humano.

Las personas que se dedicaban a recoger los huevos de pato, los ponían alrededor de la zona de la laguna para venderlos; mientras que otras tantas, recogían leña de savia para vender en lo que actualmente se conoce como los pozos de arena, en las colonias que se encuentran en lo más alto de la cabecera. Entre las entrevistas sobre salió el testimonio del señor Teódu-lo, quien recuerda incluso juntar varios productos para llevarlos a vender a las comunidades vecinas, por los cuales, bien podían recibir dinero u otros recursos en intercambio, lo que confirma que la práctica del trueque prevaleció hasta esas épocas en la región.

La dieta común de las familias consistía en tortilla de maíz, frijol, café, leche y atole blanco; como postre se ofrecían «gorditas de panocha», subrayó la señora 'María La Estrella'. En lo que se refiere a carnes, se alimentaban de algunos animales criados en casa o de animales obtenidos por la caza —como güilotas, conejos y venados—, además del pescado y el pato obtenidos en la laguna.

El trabajo se podía dividir según el género. El hombre era quien solía salir y realizar las labores agrícolas, en el campo, así como pescar, cazar y obtener tule y leña. La mujer se dedicaba a las labores de la casa, recolección y cuidado de cosecha familiar, confección de prendas y en algunos casos a la elaboración de petates y tejido de sopladores. Se cocinaba con leña en bracerías, utilizando cazos o utensilios de cobre. Para la elaboración de la tortilla, después de nixtamalizar el maíz, este se molía en metate y posteriormente la masa se torteaba a mano; el cocimiento se realizaba en el comal.

La vestimenta de las personas consistía, en el caso del hombre, en calzón y camisa de manta, sombrero de zoyate y huaraches hechos por la misma gente. En el caso de las mujeres, utilizaban vestido largo con rebozo, con guarache o zapatito.



El trabajo petatero como patrimonio intangible de una sociedad tejedora

La elaboración de productos usando como materia prima el tule fue el sustento de la mayoría de los pobladores. El Cronista Domínguez asegura que más del 80 por ciento de las familias podían considerarse petateras, por lo que era común escuchar desde las madrugadas el golpeteo para aplastar el petate, dado que los talleres se encontraban en las casas. Así, el tule resultó ser un beneficio económico, tanto para los artesanos productores de petates, sopladores y tumpiates, como para los conocidos como «tuleros», quienes se dedicaban a abastecerlos del tule como materia prima, el cual se cortaba en las orillas y aguas adentro del lago. Las canoas de palanca para navegar eran su medio de transporte. El principal centro de abastecimiento eran las orillas de la Isla de Atitlán. Ahí lo ponían a secar, muchas veces duraban algunos días, casi una semana, y regresaban con manojos de tule (para algunos conocidos como los burros), amarrados en las partes traseras de la canoa o incluso flotando.

Las principales familias productoras eran los Hernández Fregoso y los Ruiz Hernández, debido a que ellos se dedicaban de tiempo completo a la producción, mientras que el resto combinaba dicha práctica con su servicio en las haciendas. Entre los usos de los objetos que se producían podemos mencionar los tumpiates, objetos parecidos a lo que actualmente conocemos como costal, que se utilizaban para transportar productos como panocha,

plátano, camarón seco y carbón hacia Guadalajara y otros lugares; los petates o camas de tepeste, que eran utilizados para acostarse, sentarse, como techos o tapetes; y los sopladores, que se empleaban para alimentar el fuego. El lugar de venta era el mismo pueblo: venían personas de Ameca, Tepic, Ixtlán, aunque también hay quienes preferían cargar su burra y ofrecerlos a los alrededores y partes lejanas como Nayarit, Guadalajara y el sur de Jalisco.

El trabajo bajo pedido también era común. Intermediarios que revendían los petates en las ciudades más grandes ofrecían a las familias petateras 60 centavos por cada 12 petates que elaboraran; sin embargo, preferían la venta directa, ya que al día podían fabricar cinco petates en promedio, los cuales podían ofrecer a un mejor precio.

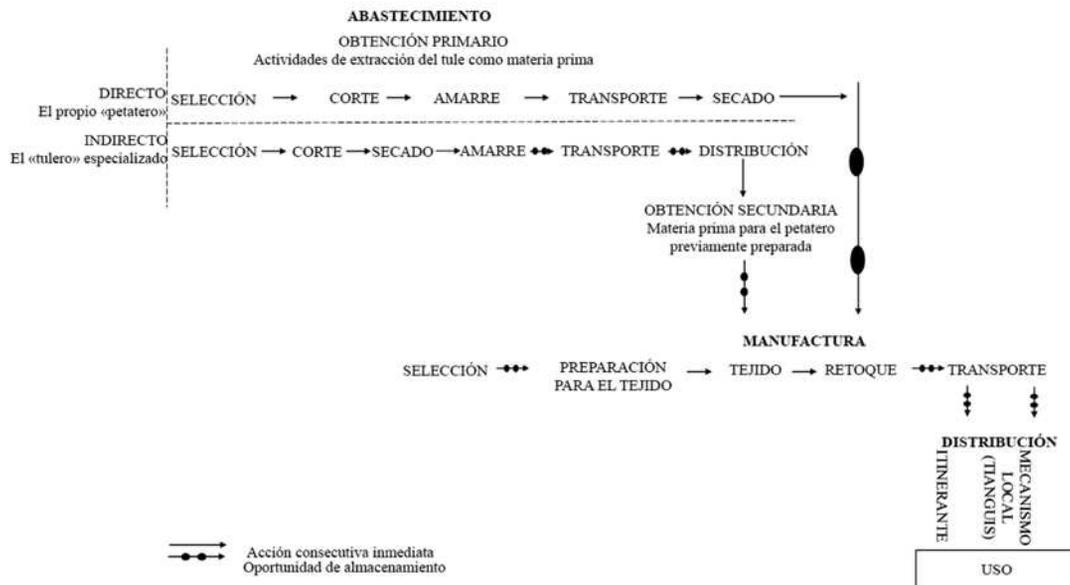
El oficio, al ser familiar, dictó una regla elemental: el conocimiento del manejo del tule y transformación sólo se compartía entre los miembros de la familia, de generación en generación. El conocimiento se adquiría tras la experiencia vivencial; es decir, los más pequeños ayudaban a sus papás en diversas tareas relacionadas con el proceso de elaboración, como sucesores directos del oficio. Uno de los entrevistados enfatizó el hecho de que el proceso no

se revelaba con gente externa. La justificación era que así se evitaba generar más competencia en el mercado. Este fenómeno resultó interesante cuando notamos que, al llegar el momento de la entrevista en que se les solicitaba que mostrarán cómo lo hacían, todos se mostraron incómodos, cosa que no sucedió con el resto de las preguntas y, de hecho, coincidieron en decir que ya les era imposible replicar el proceso.

Sobre el origen del oficio, ninguno de los entrevistados pudo reconocer el momento en que se vuelven petateros. La pregunta les resultó un tanto incomprendible y las respuestas fueron variadas: unos contestaron que fue desde los tatarabuelos y abuelos, tres generaciones atrás, mientras que otros contestaban «desde los indios», es decir, antes de la Conquista.

¡A Tejer Petate! Modelo de elaboración del Petate en San Juanito de Escobedo, Jalisco

El trabajo de petatería en San Juanito de Escobedo fue especializado. Se reconocen actividades específicas dentro de los procesos de obtención, manufactura e intercambio que recuerdan el modelo propuesto por Hirth para explicar el mecanismo económico y el papel del trabajo artesanal en



Capítulo V



las sociedades preindustriales del México antiguo. Dentro de éste, nos muestran un escenario en el que el abastecimiento directo e indirecto, la producción doméstica y la estructura institucional estaban íntimamente ligadas.

En busca de sistematizar los datos registrados desde el recuerdo de las personas entrevistadas, se propone el proceso básico para la elaboración de los petates, cuyas etapas se describen enseguida:

1) Obtención o abastecimiento. Taller primario.

a. Abastecimiento indirecto de materia prima. Personas especializadas en la recolecta y tratamiento previo del tule. Considerado como el proceso primario de abastecimiento, sus etapas incluyen:

i. Selección. Se escogían los tules altos de ambas especies nativas.

ii. Corte. Se cortaban con una herramienta de metal conocida como hacha, machete o cazanga.

iii. Secado. Se extendían por varios días para que la planta perdiera el agua. La planta se consideraba seca cuando su color pasaba del verde al crema o amarillo pálido.

iv. Amarre. Se amarraban en manojos grandes y pesados.

v. Transporte. Se acomodaban en las partes traseras de las canoas.

vi. Distribución. Se ofrecían a los artesanos como materia prima, en la playa de la laguna o en la plaza del pueblo.

b. Abastecimiento directo de materia prima. El mismo artesano se abastece de materia prima, en cuyo proceso cambian los espacios de actividad del proceso anterior.

i. Selección. Se escogían los tules altos de la especie nativa con la que preferentemente se deseaba trabajar.

ii. Corte. Se cortaban con una herramienta de metal conocida como hacha, machete o cazanga.

iii. Amarre. Se amarraban en manojos grandes y pasados.

iv. Transporte. Generalmente este tipo de abastecimiento implicaba la elaboración de balsas con el mismo tule amarrado, el cual transportaban flotando. Una vez en tierra se llevaba en burro o en la espalda al taller de producción.

v. Secado. Se extendían por varios días para que la planta perdiera el agua. La planta se consideraba seca cuando su color pasaba del verde al crema o amarillo pálido.

2) Transformación. Taller secundario.

a. Selección. Se seleccionaban las varas secas y de tamaño idóneo.

b. Preparación del tejido. Se realizaba un nudo inicial de donde partía el tejido

c. Tejido. Se tejía a nivel del suelo sobre las rodillas, combinando tejido con golpeteos con una piedra redonda para aplanar. El tejido más recurrente era el que conocen como sencillo, para el cual entrelazan las varas de una en una.

d. Retoque. Se tejía el contorno y se cortaban los sobrantes.

¡A tejer petate!

- e. Almacenaje. Se enrollaban para su almacenaje, generalmente después de estar tendidos por un tiempo sobre el piso.
- f. Traslado. En burro o mulas a lugares foráneos (opcional).
- g. Distribución. Venta en la misma localidad.

Por tanto, en el proceso de elaboración de petates había petateros, artesanos de tiempo completo o parcial encargados de la manufactura del petate; tuleros, especialistas en la recolección del tule que se daban a la tarea de introducirse aguas adentro para extraer la materia prima, secarla, prepararla y distribuirla entre los artesanos encargados propiamente de la manufactura; comerciantes itinerantes, encargados de distribuirlos en el resto de la región y zonas circundantes; además de los mecanismos institucionales como el tianguis y mercados locales que procuraban la distribución del objeto.

Es de llamar nuestra atención el hecho de que los «tuleros» trabajaron en áreas específicas que podemos reconocer como talleres primarios de preparación, los cuales, según los entrevistados, se localizan en la Isla de Atitlán, en donde cortaban el tule empleando instrumentos de corte. Los «petateros», por su parte, trabajaron en talleres secundarios concentrados principalmente en el interior del pueblo.

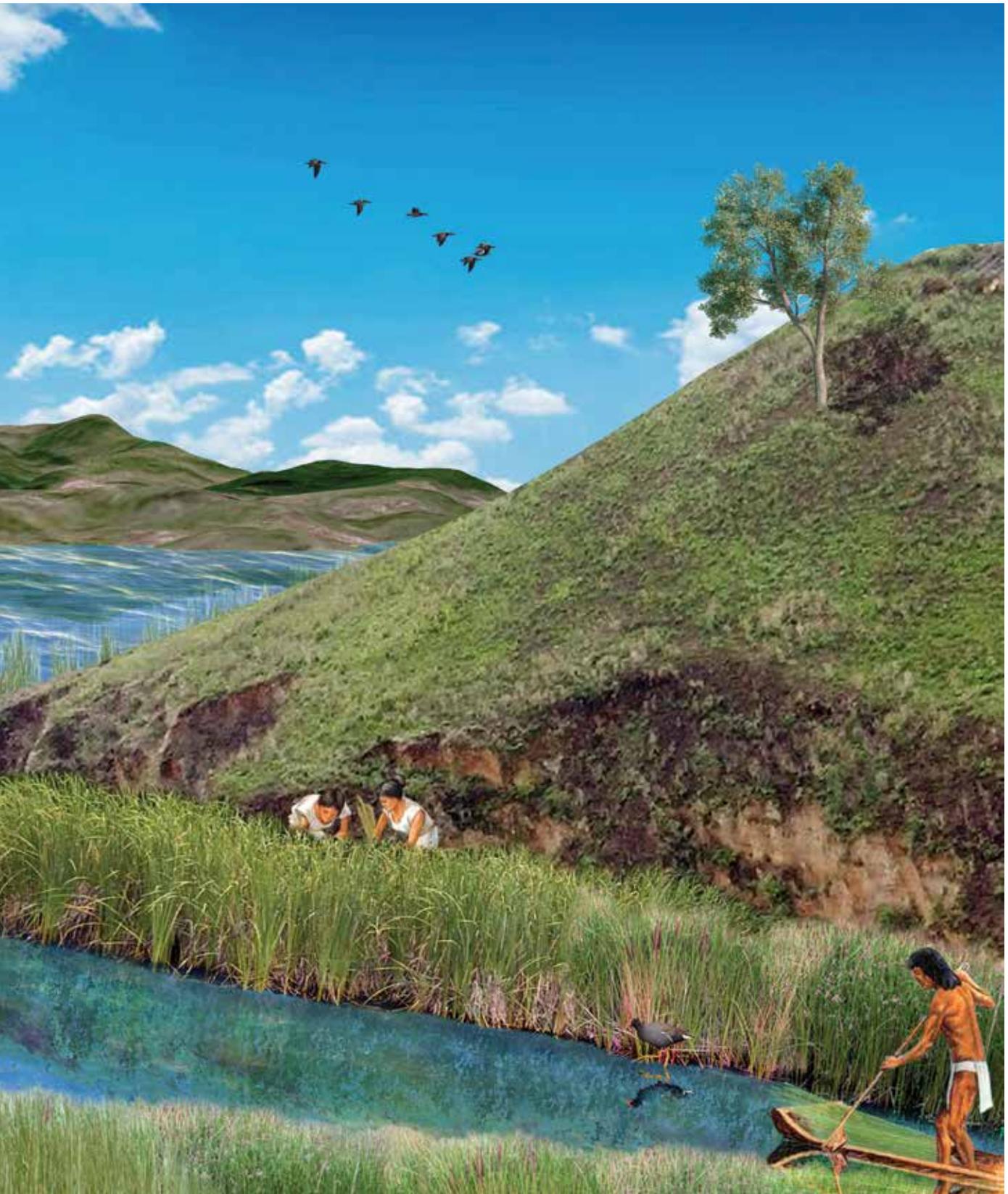
Con lo anterior se confirma que la relación ser humano-entrono lacustre es intrínseca y de larga data, si bien cambian algunas de las tecnologías empleadas para el aprovechamiento de recursos, según el momento histórico determinado, sus prácticas viven desde miles de años atrás. De hecho, el recuerdo de la vida con agua aún prevalece en algunas personas, sobre todo en aquellas de edad avanzada que vivieron su niñez y parte de su juventud ligadas con el gran lago. Así, el «rescate» del recuerdo social, como lo llama Eduardo Williams, resultó una estrategia que permitió reconocer aquellas prácticas culturales relacionadas con los aspectos primordiales del modo de vida lacustre: la obtención de alimentos y la producción artesanal. Los relatos además permitieron encontrar remanentes del legado prehispánico que coinciden con el modelo de economía mesoamericana, analizado en los capítulos anteriores, que se refleja en una economía integrada por dos sectores —el institucional y el doméstico— en cuya estructura el trabajo artesanal y los mecanismos de distribución y redistribución resultaron claves. Por tanto, los testimonios recuperados significan un acercamiento a las prácticas desde una perspectiva dinámica, que da vida al registro arqueológico y deja testimonio de la vida con el agua en San Juanito de Escobedo.

GUARDIÁN DEL LEGADO

En el municipio de Teuchitlán vive Norberto Navarro Lara, quien es uno de los últimos herederos de la práctica de tejido de tule. Entre los artefactos que manufactura, además del petate, están los sopladores y tumpiates. Él se abastece del tule que crece a las orillas de la Presa de la Vega.

Capítulo V





Capítulo VI

Conclusiones preliminares

El trinomio analógico entre arqueología, historia y etnografía es fundamental para explicar los procesos sociales en un lugar. Durante la investigación se rastrearon actividades lacustres como la pesca, la caza de aves, la agricultura hidráulica, el aprovechamiento de minerales como la obsidiana y basaltos y el tejido de fibras, realizadas a partir de los primeros asentamientos humanos y hasta hace aproximadamente 80 años, antes de la desecación antrópica del lago de Magdalena.

El uso de objetos tejidos con la misma técnica para elaborar petates se confirma a partir de 650 dC, por la evidencia impresa en un tiesto de cerámica recuperado en el sitio arqueológico del Palacio de Ocomo, aunque no podemos descartar que pudieran haber sido utilizados desde siglos anteriores. Las fuentes históricas muestran un paisaje fructífero en cuanto a recursos, entre los que destacaron el consumo de pescado blanco. El rescate del recuerdo colectivo, presente en los últimos herederos del modo de vida que permeó por siglos en el territorio, fue crucial. Destacó el hallazgo de datos desconocidos anteriormente sobre las actividades y fases del proceso de tejido de petates.

Los resultados abren nuevas interrogantes que sólo podrán resolverse con los avances del proyecto arqueológico «Dinámicas Económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco», el cual tiene como objetivo explicar el devenir del modo de vida lacustre en la región mediante la excavación arqueológica y el uso de técnicas de análisis de laboratorio que incluyen análisis morfológico de materiales, muestreo y análisis de pisos y restos orgánicos y químicos, así como microscopía para identificación de huellas de uso y elementos traza sobre los hallazgos recuperados.

El Conjunto Especializado de Producción de Desecho (CEP) es un contexto arqueológico cuyos desechos dan muestra del desarrollo de actividades constantes relacionadas a la producción y aprovechamiento de

recursos disponibles del medio lacustre. Las prácticas culturales que dieron origen al CEP están asociadas con actividades de manufactura de instrumentos de obsidiana, incluida la preparación de núcleos subprismáticos o poliédricos, así como, el aprovechamiento de lascas para elaborar instrumentos para cortar, raspar y raer en los procesos de producción que involucran otros recursos lacustres tales como juncos, tules, otates, maderas, cactáceas y huesos, entre muchos materiales más. Por su extensión, acumulación y tendencia de distribución de los objetos se infiere la producción sistemática, con capacidad para suministrar de utensilios a los especialistas en la producción de otros recursos que, a su vez, abastecían a la población ubicada en los alrededores de la laguna y región.

Por su parte, con las excavaciones se pudo definir la organización arquitectónica del espacio. Está compuesta de la preparación de plataformas sobre las terrazas, en la que descansan estructuras rectangulares de doce metros de largo por poco más de cuatro metros de ancho, que sirvieron de basamento para construcciones orgánicas del sistema denominado bajareque. El análisis del apisonado en este punto será pieza clave para determinar si se trata de un sistema constructivo de piso colado (preparación de distintas tierras y restos culturales triturados) o de un apisonado compactado desde las superficies como evidencia de un mantenimiento constante.

Entre el patio y las estructuras existen huellas de poste, que dan muestra de que el patio fue cubierto parcialmente. Tal como demuestra la distribución de los materiales artefactuales y ecofactuales en los análisis preliminares, las actividades relacionadas con las cadenas de producción, principalmente a la talla de obsidiana, se realizaron en dicho espacio. El empleo de las mismas sucedió también ahí, al igual que otras prácticas que no podemos descartar, dado que contamos con instrumentos de pulimenta (esferas basálticas con pulido), de bruñido (instrumentos líticos

pulidos) e hilado (malacates cerámicos). Los residuos que se dejarán ver en las huellas químicas serán de gran utilidad para poder definir mejor las actividades que ahí tuvieron lugar. La misma suerte será para las actividades sobre las estructuras en donde se ve una importante diferenciación en su tipo, ya que estos espacios están relacionados con la preparación y el consumo de alimentos.

Entre los resultados obtenidos hasta el momento por el análisis macroscópico de miles de piezas de obsidiana, se muestra que en su mayoría se trata de láminas y lascas derivadas de núcleos. El proceso de extracción está completo. En el corpus se contabilizan macroláminas, láminas y navajillas; así como las huellas de preparación de los núcleos tanto de sus aristas como su talón, incluido el rejuvenecimiento o reciclaje de los mismos. De la misma forma, resalta la presencia de artefactos sobre dichas láminas como son filos útiles, raspadores distales y laterales, buriles, perforadores, posibles cuchillos, escotaduras y algunas puntas. Se aprovechaban algunas lascas para la elaboración de útiles de corte, buriles, raederas convexas y raspadores.

En cuanto al análisis osteológico, a pesar del mal estado de conservación de los restos óseos analizados, ha sido posible establecer la edad al momento de la muerte aproximada de dos individuos, uno infantil y otro adulto, encontrados en un contexto funerario. La mala conservación se debe principalmente a procesos naturales después del proceso de esqueletización, mismos que volvieron a intensificarse recientemente, posiblemente por el uso del terreno para agricultura de agave, que precipitó la erosión del suelo. También se encontraron pelos de animal, que sugieren el uso del entierro como madriguera en tiempos recientes. La posición del entierro, unida a la presencia de huesos pequeños como falanges y a que el sujeto adulto se encontraba en posición decúbito lateral derecho, con la caja torácica abierta (en lugar de colapsada), sugieren que el enterramiento se pudo realizar en un contenedor, como una olla o una urna.

Así, las conclusiones que los hallazgos permiten realizar para el CEP, hasta ahora, son las siguientes: se

trata de un complejo espacial organizado en terrazas en donde se preparaba una plataforma para soportar basamentos estructurales y áreas planas aptas para el desarrollo de actividades de producción que realizaron de forma constante un grupo o grupos especializados de familias artesanas de estación permanente. El gremio de los grupos debió de ser bien admirado y reconocido socialmente dado que sus actividades fúnebres sugieren un proceso complejo que requirió de una preparación especial previa a la sepultura —vista a través de la cama formada por miles de objetos de obsidiana—, al igual que una ceremonia de enterramiento que contempló ofrendas, consumo de alimentos y el depósito de objetos varios.

Aun cuando hasta este momento se han analizado y estudiado las últimas ocupaciones antes del presente (posclásico), sin duda encontraremos reminiscencia de la relación del ser humano con el medio lacustre mucho más antiguas, incluso asociadas a la Tradición Teuchitlán del preclásico. La evidencia de la tumba de tiro que se registró durante el año 2023 confirma que la isla estuvo ocupada por lo menos dentro de periodo aproximado de tres mil años. En este periodo, la distribución de los espacios en la totalidad de la superficie no varió de forma significativa. Se privilegió la meseta como centro público, las laderas norteñas como áreas habitacionales, mientras que la parte sureña se dedicó a las actividades de manufactura de recursos minerales y lacustres.

Por su localización, clima, biomas y biodiversidad, la cuenca de Magdalena y sus inmediaciones fueron un área económicamente clave para las sociedades prehispánicas, coloniales e, incluso, del México moderno. En la actualidad, pese a la sobreexplotación de su suelo por la actividad agrícola intensiva de la caña, el agave y los invernaderos, el territorio es fundamental para el desarrollo económico de Jalisco.

En la época colonial, la zona fue aprovechada al máximo, consolidándose como un territorio económicamente estratégico. Durante los 300 años de esa administración político-religiosa del territorio se exploraron minas de oro, plata, carbón, minerales diversos, así como recursos bióticos, tanto terrestres como acuáticos, que sirvieron para mantener

Capítulo VI

el aparato virreinal del México colonial. Sin embargo, quienes estudiamos ese momento de la historia debemos tener en mente la dinámica del periodo, pues los límites territoriales, políticos, administrativos y religiosos fluctuaron considerablemente.

El recuerdo del lago queda en la memoria, su desecación por la mano del ser humano fue la verdadera ruptura que llevó de un sistema de aprovechamiento lacustre óptimo, a uno prioritariamente agrícola e industrial. Pese a que aún se práctica la pesca para abastecimiento local, tanto en los canales que drenan continuamente la humedad que se acumula por lluvia y escurrimientos, como en La Colorada, donde se deposita dicho dren para después utilizarlo para riego, sus presencias no son suficientes para proveer de recursos antes bien utilizados como el tule, las algas y las aves acuáticas, entre otros.

El municipio de San Juanito de Escobedo resguarda el recuerdo de un modo de vida que se basa en la relación intrínseca entre el ser humano y su entorno. La gente que vive en los entornos lacustre de México comparte prácticas culturales, tanto económicas como de otras índoles sociales, entre las cuales el cuerpo acuífero es el protagonista. Los datos arqueológicos en el sitio de la Isla de Atitlán han evidenciado prácticas que prevalecieron hasta la desecación del cuerpo acuífero, lo que significó un modo de vida continuo de larga data. La diversidad de recursos disponibles que el ser humano aprovechó para diferentes usos favoreció la interacción en los diversos sistemas de distribución presentes en cada momento histórico. Gracias a los testimonios, se pudieron reconocer actividades que actualmente calificaríamos como sustentables, las cuales son remanentes del legado prehispánico, tales como el cultivo de la milpa doméstica. De igual suerte, se reconoció la organización del trabajo artesanal a nivel doméstico y a escala especializada, específicamente en el caso del tejido de tule para elaborar petates, práctica que estaban acompañada de diferentes procesos de distribución de productos, como el intercambio y tianguis, lo que recuerda al modelo económico de las sociedades preindustriales del pasado en el territorio.

La investigación hasta ahora realizada también con-

firma algunas de las aseveraciones expresadas en el pasado por los primeros exploradores de la isla, como aquellas que establecen la procedencia de la materia prima para la talla. Aquí se presentaron datos que confirman esas aseveraciones, dadas las características composicionales de la obsidiana local las cuales no son óptimas para el trabajo de talla debido a su alto grado de inclusiones. Por otro lado, el análisis elemental mediante pXRF permitió caracterizar a la obsidiana de la Isla de Atitlán como un nuevo grupo composicional, de acuerdo con los resultados del análisis de elementos traza. Incluso así, no podemos descartar la idea de que haya sido empleada como materia prima para otros fines de uso expeditivo o de uso exclusivamente local; sin embargo, en la zona de talleres (CEP), se privilegió una composición vítrea más homogénea con escasas inclusiones, una característica que no se observa en la obsidiana de la isla.

Los resultados incluso indican que en efecto el yacimiento de La Joya fue el principal venero de abastecimiento de materia prima para la talla que se realizó en la isla: una obsidiana negra verdosa con estructura dura y homogénea. El análisis microscópico demostró que la obsidiana de la Isla de Atitlán presenta gran número de inclusiones que la hacen poco útil para la talla de artefactos especializados, lo cual se suma a la escasa disponibilidad de la misma para cubrir una producción de la envergadura que se vislumbra en el CEP. Por lo que, para sus habitantes, esto implicó sin duda interactuar en mecanismos de organización, distribución y traslado más complejos, inmersos en una dinámica económica regional.

Por otro lado, se debe mencionar la importancia de la aplicación de nuevas tecnologías para el análisis de superficie como el sensor Lidar. El registro utilizando esta tecnología corrobora que la pequeña isla es un espacio antrópicamente adaptada desde hace miles de años y que, sin duda, fue en la época prehispánica cuando alcanzó su máxima ocupación humana. Aun cuando desde el 2009 se ha realizado un reconocimiento extensivo de las alteraciones antrópicas de la superficie, las lecturas con el sensor Lidar y la fotogrametría confirman los complejos registrados al inicio del proyecto, pero también abren nuevas inquietudes en cuanto a la extensión y volumetría de los mismos. Un

ejemplo de esto es lo que sucede con La Ciudadela, un complejo que integra estructuras, patios y terrazas que se han considerado como espacios públicos por sus dimensiones, sobre todo las de su estructura principal; sin embargo resulta necesario todavía cotejar su extensión en campo, ya que por los incipientes hallazgos se aprecia que se extendió aún más hacia el noroeste, siendo evidentes una estructura, plataformas y terrazas que antes no se habían registrado ni por los trabajos del Weigand, en la década de los 80, ni por los antecedentes directos de esta investigación.

Estas exploraciones también abren nuevos signos de interrogación sobre el uso de terrazas al sur, que antes habían sido descartadas por considerarse modernas pues, ahora, el modelo de luz deja ver que las propias construcciones contemporáneas se cimentaron sobre una plataforma cuya composición coincide con el sistema de adaptación del espacio prehispánico. Por tanto, tentativamente podemos inferir que integran un nuevo complejo en la parte sureste el cual, junto con el caso anterior, obliga a regresar al recorrido de superficie

para un reconocimiento sistemático y descartar la posibilidad de que se trate de alteraciones contemporáneas o resultantes de procesos naturales.

Importantes también resultan la organización y desplazamiento de petrograbados con características y patrones recurrentes (cúpulas y líneas). Su presencia sugiere la existencia de un posible sistema de notación, indicador fundamental para definir espacios administrativos, en este caso de producción; sin embargo, aún se trabaja en su análisis y no se cuenta hasta el momento con una explicación apegada a datos duros.

Sobre la data exacta de ocupación del espacio explorado hasta ahora (la anterior al presente) aún no se cuenta con una fecha absoluta. Durante las temporadas de exploración se recuperó material orgánico que permitirá obtener con precisión el momento de ocupación. Cabe mencionar que, por los materiales diagnósticos, seguimos interpretando que se relaciona con la cultura material de la región que osciló entre los 850 y el primer cuarto del siglo XVI.

Este texto tiene como fin principal la divulgación de las investigaciones realizadas a todo tipo de público lector. Para su redacción se utilizaron las últimas publicaciones académicas e informes técnicos presentados al Consejo de Arqueología (2020-2022) que han redactado los integrantes y colaboradores del proyecto arqueológico «Dinámicas Económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco». A continuación, enlistamos los trabajos ya publicados o aceptados para publicación de los cuales se tomó en muchos casos información textual:

Blanco Morales, Ericka Sofia (2018) *El uso de espacio en la isla de Atitlán a lo largo de 900 años. Un acercamiento a la vida lacustre en la región Valles de Jalisco*. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México.

Blanco Morales, Ericka Sofia. y Patricia Pérez Martínez (2022) Conjunto especializado para la producción de instrumentos de obsidiana y el aprovechamiento de recursos lacustres dentro de un contexto isleño en el occidente mesoamericano. *Latin American Antiquity*, 1-20. DOI:10.1017/laq.2022.3

Blanco Morales, Ericka Sofia, Guillermo Acosta Ochoa y Rodrigo Esparza López (2022) La isla de Atitlán: un nuevo yacimiento de obsidiana en el Occidente de México. *Ancient Mesoamerica* 1–13.

Blanco Morales, Ericka Sofia. (2021) Petateros de San Juan: últimos herederos del modo de vida lacustre en las inmediaciones de la cuenca de Magdalena, Jalisco, México en *Anales de la Antropología y Etnología*, Volumen 76. n°1, ene-jun 2021, Mendoza, Argentina: pp. 11-37.

Blanco Morales, Ericka Sofia. (2021) Petateros de San Juan: últimos herederos del modo de vida lacustre en las inmediaciones de la cuenca de Magdalena, Jalisco, México en *Sociedades Antiguas del Mediterráneo y América: aproximaciones desde el Sur Actas de Jornadas Patagónicas de Estudios sobre Sociedades Antiguas (UNPA-UASJ)*, Roberto R. Rodríguez / Magdalena Magneres (Ed), El Búho Desplumado: pp. 245-276.

Blanco Morales, Ericka Sofia. (2019) Los Talleres del taller: El caso de la acumulación de objetos de obsidiana en la Isla de Atitlán en la ex laguna de Magdalena, Jalisco en *Revista digital de difusión arqueológica «Chicomoztoc»*, Vol. 2, Núm. 2, 2019.

Gabriel Vázquez C., Priyadarsi D. Roy, Berenice Solís C. Sean M. Smith M., Ericka Blanco M., Runo Lozano-Santacruz (2017) Holocene paleohydrology of the Etzatlán Magdalena basin in western-central Mexico and evaluation of main atmospheric forcings en *Palaeo: Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, núm. 487, pp. 149-157.

Gabriel Vázquez, Sean Smith, Ericka Blanco (2016) Magnetismo de rocas de una secuencia holocénica en el Lago de Etzatlán, Jalisco, México. *Revista Latinmag Letters*, Volume 6, Special Issue, D21, 1-5. Proceedings São Paulo, Brasil, pp.1-5.

Gabriel Vázquez C., Auto, Priyadarsi D. Roy, Berenice Solís C., Runo Lozano Santa-cruz, Ericka Blanco Sean M. Smith M. (2018) Magnetismo ambiental en sedimentos holocénicos del paleolago Etzatlán-Magdalena, Jalisco en Magnetismo Ambiental y Cambio Climático, CIGA-UNAM, pp13-73.

Todas las imágenes de este libro son producto de las investigaciones del proyecto. Las lecturas del radar Lidar fueron realizadas por Gerardo Jiménez Delgado, Javier López Mejía y Guillermo Acosta Ochoa. Para los vuelos con dron y las imágenes capturadas por este medio se contó con la participación de Guillermo Acosta Ochoa, Juan Pablo Garay y el arquitecto Fernando Hernández, muchas de esas imágenes se utilizaron en la producción del documental *Los petateros de San Juan*. Las fotografías antiguas pertenecen al archivo digital del municipio de San Juanito de Escobedo, el Patronato para la Conservación de Sitios Arqueológicos Atitlán y, algunas, fueron expuestas en galerías de la región. Las imágenes en las que se muestran materiales provienen de las excavaciones, los recorridos de superficie y de colecciones privadas y fueron capturadas y editadas por Axel Cuadros Cuixihuitl, Axl Rosales Rodríguez, Claudia Arenas Morales, Mario Alfredo Álvarez y Ericka Sofia Blanco Morales. Los detalles microscópicos son resultado del trabajo de Paloma Domínguez Zannie, Patricia Pérez Martínez, Guillermo Acosta Ochoa y Luis Alberto Coba Morales. El render del lago con pobladores de la época prehispánica fue elaborado por Maribel Ruiz Arellano. Finalmente, las ilustraciones son obra de Adán Fernando Ávalos de la Rosa.

REFERENCIAS DE INTERÉS EMPLEADAS EN EL TEXTO

- Acuña, R. (Ed). 1988 [1579]. *Relación de Ameca. En Relaciones Geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, 10: 30-50. Universidad Nacional Autónoma de México. México, DF.
- Beekman, C. y P. Weigand. 2008. Conclusiones, Cronología y un Intento de Síntesis. En Weigand, P, C. Beekman y R. Esparza (Eds.) *Tradición Teuchitlán*:191-134. Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco. Zamora, Mich.
- Cabrero, María Teresa. 1989. *Civilización en el Norte de México: Arquitectura de la cañada del Rio Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 360 p.
- Cabrero, María Teresa. 2004. La producción y el intercambio de concha marina en el cañón de Bolaños, Jalisco. En *Bienes estratégicos del antiguo Occidente de México*. Ed. Eduardo Williams, El Colegio de Michoacán, Zamora, México, pp. 261-282.
- Cabrero, María Teresa y Carlos López. 1997. *Catálogo de piezas de las tumbas de tiro del cañón de Bolaños*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Domínguez Ocampo, Antonio. 1993. *Antecedentes históricos y desarrollo de San Juanito, Jalisco (Antonio de Escobedo)*. H. Ayuntamiento de Antonio de Escobedo, Antonio de Escobedo, Jal, 36 p.
- Domínguez Ocampo, Antonio. 2003. *San Juanito de Escobedo. Pasado y presente*, H. Ayuntamiento de San Juanito de Escobedo Jalisco, Impresión Talleres de IMPRESORA MAR-EVA, Guadalajara, Jalisco, 280 p.
- Domínguez Ocampo, Antonio. 2004. *Réquiem por los caminos de ayer*, Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, Capítulo Valles, Asociación de Cronistas Municipales del Estado de Jalisco, AC, H. Ayuntamiento de San Juanito de Escobedo Jalisco, noviembre, 44 p.
- Esparza, Rodrigo. 2004. Minería Prehispánica de Obsidiana en la Región Central de Jalisco. En *Tradiciones Arqueológicas*, Ed. Efraín Cárdenas, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán. Zamora, Mich. pp. 79-89.
- García Ayala, Gabriela. 2018. El Lago Magdalena Etzatlán: Un análisis del paisaje a través del tiempo, Tesis de Maestría, Programa de Maestría en Edafología, CIGA UNAM, Morelia.
- Gerhard Cleveland, P. 1996. *La frontera norte de la Nueva España, México*. Serie Espacio y Tiempo, 3: 544. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Ciudad de México.
- González Romero, R, P. Weigand y A. García de Weigand. 2000. *El Templo/Convento de la Concepción de Etzatlán, Jalisco y su Contexto Prehispánico*: 109. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Guadalajara, Jalisco.

- Gorenstein, S. y H. P. Pollard. 1983. The Tarascan Civilization: A Late Prehispanic Cultural System. *En Anthropology*, 28. Vanderbilt University Publications. Nashville.
- Guzmán, N. y H. Cortés. 1937. Nuño de Guzmán contra Hernán Cortés, sobre los descubrimientos y conquista en Jalisco y Tepic. *En Boletín del Archivo General de la Nación*, VIII (3-4), México.
- Kelly, I. T. 1980. Ceramic sequence in Colima: Capacha an early phase. *En Anthropological Papers of the University of Arizona*, 37. The University of Arizona Press, Tucson.
- Kirchhoff, P. 1960. Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *En Suplemento de la revista Tlatoani*, 3. ENAH. México, DF.
- Lemonnier, P. 1986. The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems. *En Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.
- Liot, C. 1995. Evidencias arqueológicas de la producción de sal en la cuenca de Sayula. *En J.C Reyes (Coord.) La sal en México: 1-34*. Universidad de Colima. Colima.
- Liot, C. 2005. La Cerámica Especializada de Producción de Sal. *En Arqueología de la Cuenca de Sayula*. Valdez, F, O. Schöndube y J. P. Emphoux (Coords.) Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Centro Universitario del Sur, Institut de Recherche pour le Développement. Guadalajara, México: 295-308.
- Liot, Catherine, Susana Ramírez y Otto Schöndube. 2006. Introducción, *en Transformaciones Socioculturales y Tecnológicas en el sitio La Peña, Cuenca de Sayula, Jalisco*, Cap. I. Liot, Ramírez, Reveles, Schöndube (Coords). Universidad de Guadalajara (UDG-CUSCH), INAH, Guadalajara, Jal. pp. 13-26.
- López-Austin, A, y L. López-Luján. 1996. *El pasado indígena*. El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica. México.
- López Mestas Camberos, Lorenza. 2005. Producción especializada y representación ideológica en los albores de la tradición Teuchitlán. *En El Antiguo Occidente de México: Nuevas Perspectivas sobre el pasado prehispánico*. E. Williams, P Weigand, L. López Mestas y D. García (Eds.). El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich. pp. 233-253.
- López Mestas Camberos, Lorenza. 2011. *Ritualidad, Prestigio y Poder en el Centro de Jalisco durante el preclásico tardío y clásico temprano. Un acercamiento a la cosmovisión e ideología en el Occidente del México prehispánico*. Tesis para optar al grado de doctora en ciencias sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Guadalajara, Jalisco, 549 p.
- López Mestas Camberos, Lorenza y Marisol Montejano. 2003. Investigaciones arqueológicas en La Higuera, Tala. *En Revista del Seminario de Historia Mexicana*. E. Cach (Coord.) Universidad de Guadalajara, Vol. IV, No. 1, primavera 2003, Guadalajara, México, pp. 11-33.

Referencias

- López Mestas Camberos, Lorenza y Marisol Montejano. 2009. El complejo El Grillo del centro de Jalisco: redes de intercambio y poder durante el Clásico tardío. En *Las sociedades complejas del Occidente de México en el mundo mesoamericano. Homenaje a Phil C. Weigand*. E. Williams, L. López Mestas y R. Esparza (Eds.). El Colegio de Michoacán, Zamora, México, pp. 135-161.
- Lumholtz, C. S. 1904. *El México Desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, Vol. I, IX. B. Dávalos (Trad.) Charles Scribner's Sons. New York.
- Mountjoy, J. B. 2000. Prehispanic Cultural Development Along the Coast of West Mexico. En Foster y Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamérica: The archaeology of West and Northwest Mexico*. University of Utah Press. Salt Lake City: 81-106.
- Mountjoy, J. B. 2012. *El Pantano y otros sitios del Formativo Medio en el Valle de Mascota, Jalisco*. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Guadalajara, Jalisco: 230.
- Olay Barrientos, María de los Ángeles. 2004. Mesoamérica. Piel del Tiempo. En *Introducción a la arqueología del Occidente de México*. Beatriz Braniff Cornejo (Coord.) Universidad de Colima, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colima, México, pp. 15-42.
- Paz Jaenike, F.C. 1997. *Atitlán: Los pueblos y el lago*. Editorial Los Gemelos, Universidad de Texas. Texas, USA: 144.
- Schöndube Baumbach, O. 1980. El Horizonte Formativo en el Occidente. En *Historia de Jalisco*, I, (VII). Muría, J.M. (Dir.) Gobierno de Jalisco. Guadalajara, México: 141–212.
- Schöndube Baumbach, O. 1994. El Pasado de tres pueblos: *Tamazula, Tuxpan, Zapotlán*. Universidad de Guadalajara (UDG), Guadalajara, Jalisco, 518 p.
- Schöndube Baumbach, O. 1980 El Horizonte Formativo en el Occidente. En *Historia de Jalisco*, Tomo I, Cap. VII. Muría, J.M (Dir.). Gobierno de Jalisco, Guadalajara, México, pp. 141 – 212.
- Schöndube, O. y J. Galván. 1978. Salvage archaeology at El Grillo – Tabachines, Zapopan, Jalisco. En *Across the Chichimec Sea: papers in honor of J.C. Kelley*. C.L. Riley y B. C. Hedrick (Eds.) Southern Illinois University Press, Carbondale, USA, pp. 144-164.
- Serra Puche, M.C. 1986. Sugerencias para la identificación y excavación de un área de manufactura de canastas y petates. En *Unidades Habitaciones de Mesoamericanas y sus Áreas de Actividades*. Manzanilla, L. (Ed.) Imprenta Universitaria 1935-1986. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México: 125-133.
- Smith, S.M (Dir.). 2012. *2do Informe del Proyecto de Investigación Arqueológica en Oconahua, Jalisco. (Temporada 2011)*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de Michoacán, AC. Zamora, Michoacán.

- Smith, S. y J. Herrejón. 2004. *Las unidades habitacionales del Posclásico tardío en la zona de Teuchitlán, Jalisco*. Tesis de Licenciatura. Universidad Autónoma de Guadalajara. Zapopan, Jalisco.
- Solar V., Laura; Nelson, Ben A. 2019. Azatlán: interacción y cambio social en el occidente de México, ca. 850-1350 dC. El Colegio de Michoacán, México.
- Stuart, G. 2003. *Prehispanic sociopolitical development and Wetland Agriculture in The Tequila Valleys of West México*. Disertación presentada como requisito parcial para el grado de Doctor en Filosofía Arizona State University, USA.
- Sugiura Yamamoto, Y. 2009. La biografía de un proyecto multidisciplinario: Santa Cruz Atizapán, Estado de México. En *La gente de la ciénaga en tiempo antiguos. La historia de Santa Cruz Atizapán* Yoko Sugiura (Ed.) Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio Mexiquense, AC. Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, DF. pp.13-21.
- Sugiura Yamamoto, Y. E. Zepeda, C. Pérez y S. Kabata. 2010. El desarrollo de un asentamiento lacustre en la cuenca alta del río Lerma: el caso de Santa Cruz Atizapán, México Central. En *Arqueología iberoamericana*5, pp. 5–22.
- Sugiura Yamamoto, Y. y M.C. Serra Puche. 1983. Notas sobre el modo de subsistencia lacustre. La laguna de Santa Cruz Atizapán, Estado de México”. En *Anales de Antropología*, vol. I. Arqueología y Antropología Física. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Ciudad de México, pp. 9-25.
- Tello, A. 1891. *Crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Nueva Galicia y Vizcaya*, II. Imprenta de la República Literaria. Guadalajara, Jalisco: 886.
- Weigand, P.C. 1994. Obras hidráulicas a gran escala en el Occidente de Mesoamérica. En *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*. E. Williams (Ed.). El Colegio de Michoacán, AC: 227-277.
- Weigand, P. y A. García de Weigand. 1996. *Tenamaxti y Guaxicar, Las raíces profundas de la rebelión de Nueva Galicia*. El Colegio de Michoacán, AC, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Zamora, Michoacán: 209.
- Williams, E. 1994. Organización del espacio doméstico y de producción de cerámica en Huáncito, Michoacán. En *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*. Williams, E. (Ed.) El Colegio de Michoacán, AC. Zamora, México: 189-225.
- Williams, E. 2014. *Gente del Agua. Etnoarqueología del modo de vida lacustre en Michoacán*. El Colegio de Michoacán, AC. Zamora, Michoacán: 416.

Agradecimientos

Este libro se produjo gracias al apoyo de Estado de Jalisco a través de la convocatoria PROYECTA PRODUCCIÓN 2023, que fomenta la Secretaría de Cultura del estado. Se agradece al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM por la adscripción al proyecto como parte de sus actividades académicas y por poner a disposición del mismo los laboratorios de análisis especializados, así como todo su personal de difusión, divulgación y administración. Se agradece al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica de la UNAM (PAPIIT) por el financiamiento del proyecto durante el año 2020-2021. Al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), por la revisión del proyecto y permisos otorgados para el desarrollo de la investigación y a la Escuela Nacional de Antropología e Historia por sus aportaciones a través del Laboratorio de tecnología de cazadores recolectores. A los ayuntamientos, direcciones e integrantes del cabildo de cada Ayuntamiento que nos han acompañado desde la puesta en marcha hasta el momento. A las organizaciones civiles y privadas tales como El Patronato para la Conservación de Sitios Arqueológicos Atitlán, AC; al Consejo Nacional Adopte una Obra de Arte, AC, a la Comunidad Agraria y a las empresas privadas La Tarea, La Misión, Hacienda del Carmen y Ferretería El Queso, quienes han brindado un apoyo incondicional al equipo de trabajo. A la comunidad y a las familias Ramos Ruíz y Ramos Menchaca por sus aportaciones y seguimiento. Un agradecimiento especial es para las personas involucradas en la planeación y operación de las entrevistas: María Ignacia Hernández Figueroa, José Cruz Hernández Figueroa, Osbaldo Montes Orendain y Trinidad Margarita Rubio Ayón y familia. Agradezco a Juan Pablo Garay, quien proporcionó material gráfico capturado para fines de producción del documental Los Petateros de San Juan y a Yazmin Isabel Hernández García, cuya participación en la primera etapa de entrevistas resultó fundamental para lograr tal objetivo. Se agradece por su disposición a las personas que brindaron sus testimonios: Cuauhtémoc Domínguez, Javier García Godínez, Enrique Pacheco, Teóduo Montes Meza, María Riestra García, Ramona Pacheco, Antonio Domínguez; María Ruiz Hernández, Carlos García Delgado y José Cruz Hernández Figueroa. Finalmente, en nombre de la autora y de los colaboradores académicos se agradece a los integrantes del proyecto; estudiantes y tesisistas involucrados en el proyecto y cuya contribución resulta fundamental para el desarrollo de las investigaciones: Luis Alberto Coba Morales, Paloma Domínguez Zannie, Axl Eduardo Rosales Rodríguez, Mario Alfredo Mercado, Axel Cuadros Cuixihuitl, Gabriela García Ayala, Víctor Osegura, David Joaquín Tovar Ortiz, Daniela Belmont Estrada, Valeria Montserrat Sauza Núñez, Dulce Mariana Jiménez Ramírez, Alexia Alva Hernández, Azul Estrella González Mariano y María Fernanda Torres Vargas.

Prólogo	5		
Consideraciones preliminares	7		
Introducción	9		
Capítulo I La región valles, sus lagos, volcanes y la relación intrínseca del ser humano con el entorno	11	Capítulo V Los herederos de la vida lacustre. Testimonios de la vida en Atlitic. Relación del ser humano con el lago, la obtención de recursos y el tejido de petates	39
Capítulo II San Juanito de Escobedo bajo la lupa arqueológica. La red Aztatlán y los asentamientos arqueológicos en la cuenca	17	Capítulo VI Conclusiones preliminares	48
Capítulo III La vida isleña de quienes habitaron Atitlán. Organización del espacio, actividades de subsistencia y trabajo artesanal de larga data	21	Comentarios sobre las referencias	52
Capítulo IV Los grupos artesanales en Atitlán. Un reconocido grupo de talladores y tejedores para entrar en la dinámica económica regional	27	Referencias de interés empleadas	54
		Agradecimientos	58



¡A tejer petate!
Reminiscencias de actividades milenarias
en San Juanito de Escobedo, Jalisco
de la autora Ericka Sofia Blanco Morales
se terminó de imprimir en enero de 2024
en los talleres de Tipro Impresiones.

¡A tejer petate!

Reminiscencias de actividades milenarias en San Juanito de Escobedo, Jalisco.

«Te invito a cerrar los ojos e imaginar a tantos pobladores trabajando en la talla de obsidiana, otros pescando, otros cortando, llevando tule por las apacibles aguas de la laguna, donde las aves alegraban el ambiente con sus trinos y sus viajes por el cielo azul. Desgraciadamente, ese paisaje ya no nos tocó verlo; sin embargo, tenemos la oportunidad de rememorarlos mediante la lectura de este libro, de disfrutar del pasado descrito en estas líneas y —¿por qué no?— revivir en este presente la energía de un pueblo grandioso, que trabajaba con el arte y en comunión con su entorno, algo que hoy nos hace tanta falta [...] La autora, el patronato y tu servidora deseamos que conozcas el apasionante mundo que está descubriéndose y la historia revelada por los hallazgos arqueológicos que muestran la importancia de la producción de artículos tejidos con el tule que crecía en la laguna, que pervivió incluso hasta después de su desecamiento, que anhelamos rescatar desde el patronato y que todavía es hoy motivo de identidad y orgullo para nosotros, los ‘petateros’ de San Juanito de Escobedo».

TRINIDAD MARGARITA RUBIO AYÓN

Ericka Sofia Blanco Morales (Saltillo, 1982) es arqueóloga y doctora en Estudios Mesoamericanos, actualmente se desempeña como investigadora asociada del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue directora del Centro Interpretativo Guachimontones (CIG), desde 2009 encabeza las investigaciones arqueológicas en la Isla de Atitlán en San Juanito de Escobedo, Jalisco, y es responsable de la investigación «Dinámica económica en la Cuenca de Magdalena, Jalisco. Aprovechamiento de recursos disponibles, trabajo artesanal y mecanismos de distribución de bienes culturales durante clásico medio - posclásico tardío (450 al 1400 dC)».



PROYECTA
PRODUCCIÓN

